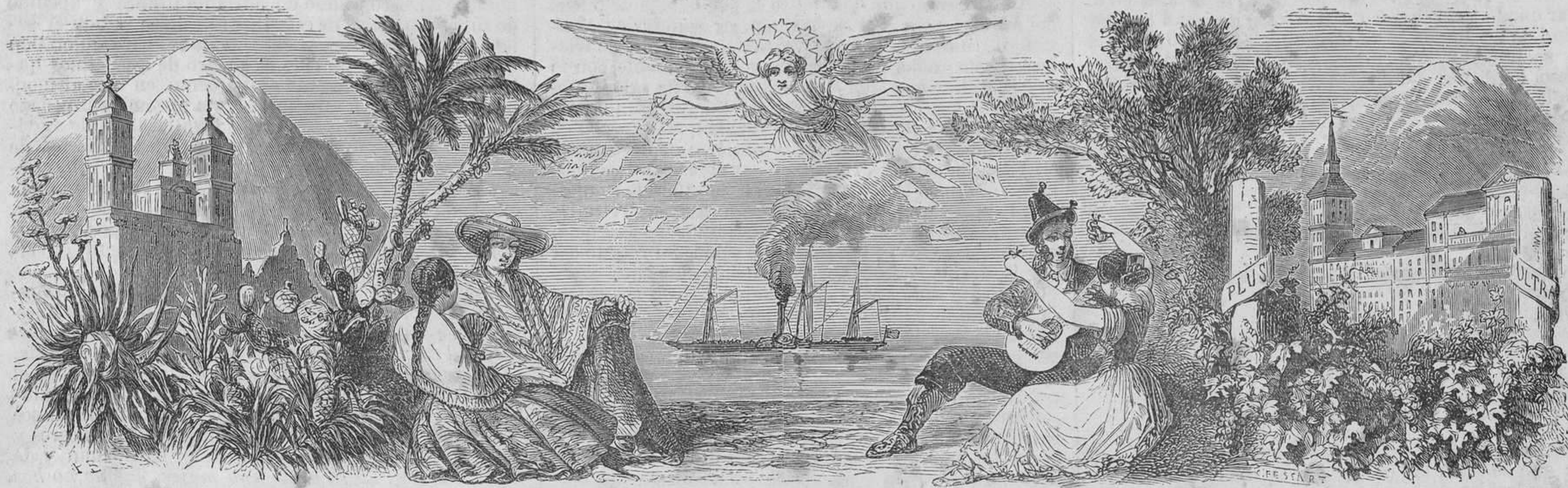


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO VI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 152.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Altar elevado sobre el lugar del nacimiento de N. S. Jesucristo; grabado. — España y América en la Exposicion Universal de Paris. — Revista de Paris. — El amor y el olvido. — Excursion al Queyras; grabados. — Tipos y trajes rusos; grabados. — Pepita. — La nueva flor llamada Victoria Regia; grabados. — La exposicion prusiana en el palacio de la Industria; grabado. — Exposicion Universal de la Industria. — La caza de las cercetas; grabados. — Pompeya; grabados. — Amor filial. — La paz del alma. — El peregrino. — Revista de la moda. — Medalla en honor del Tanzimat; grabado. — Escuela de marina mercante en Cette; grabado.

Consagramos nuestra primera página á un asunto de actualidad religiosa, á la conmemoracion de la fiesta de Navidad. El pintor que ha compuesto este dibujo, demostrando en él un sentimiento bíbli-

co y un talento de ejecucion tan elevado y raro, es un artista francés de nombradía, M. Ph. Blanchard, que no hace muchos años visitó la Judea. Este dibujo, ó mejor dicho este cuadro, es una copia

exacta del interior de la capilla construida sobre las ruinas del establo donde nació Jesus. Esta capilla forma parte de la iglesia elevada en otro tiempo en Belen por mandato de la emperatriz Elena. Para entrar en ella hay que bajar unos treinta escalones debajo de la iglesia, posicion que no tiene nada de inverosímil, pues aun en el día se ven en Oriente establos subterráneos. Esta capilla de la Natividad con pavimento de mármol, no es mas que una gruta bastante grande abierta en el peñasco. Las paredes laterales revestidas de mármol blanco, se hallan ocultas por las colgaduras de



Altar elevado en Belen sobre el lugar del nacimiento de N. S. Jesucristo.

seda, pero en su parte superior la roca ostenta toda su desnudez. El altar levantado contra la peña y bien alumbrado por una porcion de lámparas se alza sobre el sitio mismo en que vió la luz el Mesías; ese lugar sagrado figurado en el suelo por un sol de plata está coronado con esta inscripcion en latin: «Aquí nació Jesucristo de la Virgen María.» Por el lado opuesto, en un rincon, se ve el sitio del pesebre. Por delante en el lugar donde María presentó el recién nacido á la adoracion de los Magos se ve otro altar adornado como el del nacimiento, con un cuadro conmemorativo del suceso. Lo demás del cuadro de M. Blanchard, esto es toda la parte campestre del primer término, es puramente alegórica.

España y América

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS.

(Artículo primero.)

I.

INTRODUCCION.

Los lectores del *Correo* conocen ya, por la descripción que de ellos les ha dado este periódico, los dos grandes locales destinados á los productos de la Exposición Universal, á saber, el gran palacio de la Industria con sus vastas dependencias, y el palacio llamado de las Bellas-Artes. Escusamos, pues, repetir su descripción; solo añadiremos á ella algunos pormenores en lo referente al objeto principal de nuestros artículos: para descender á todos los demás tendríamos que escribir un libro. Los productos de España y de la América española se encuentran colocados casi en su totalidad en el segundo piso ó galería superior del palacio principal, á excelente luz y en las mejores condiciones posibles: algunos envíos retardatarios que luego enumeraremos, han ido á parar forzosamente á las galerías *anejas*, á mas de otros que por su índole correspondían á aquella parte de la Exposición. El piso bajo del palacio principal se ha reservado exclusivamente á Francia, Inglaterra, los Estados-Unidos, Bélgica, Austria, y la Confederación Suiza, á cuyos países corresponde además en la galería superior (exposición sin duda la mas vistosa y favorable por varios conceptos), el espacio situado encima del que ocupan en la planta baja; pero á fin de satisfacer la natural exigencia de todos los Estados de tener vistas, digámoslo así, sobre la nave mayor, la Francia, llevada de su natural galantería reforzada en esta ocasion por un laudable espíritu de hospitalidad, ha cedido su mejor terreno en aquella parte á la Cerdeña y los Estados Pontificios por el lado del Este, y por el de Oeste á España y Portugal.

Por lo tocante á la Exposición de Bellas-Artes nuestros lectores sabrán tal vez con gusto que su primera idea, (y verdaderamente primera, pues sabido es que del gran balneario abierto en Londres en 1851 á la actividad industrial de todas las naciones del mundo quedaron excluidas las Bellas-Artes), — que su primera idea, decimos, fué debida á nuestra tan ilustre cuanto bondadosa y bella compatriota la emperatriz Eugenia; honrosa iniciativa que los artistas de todos los países deben agradecer á S. M. Así lo vemos consignado en un documento oficial, cual es el discurso del príncipe Napoleón en el acto de instalar el jurado internacional que ya ha juzgado las obras expuestas (20 de marzo último.) Dos palabras diremos, no mas, sobre la colocación de las producciones artísticas que vamos á examinar. La planta baja del palacio de las Bellas-Artes se divide en tres grandes salas y en varias galerías laterales. Dos escaleras, cada una de dos ramales, conducen á las cuatro galerías del primer piso. Las dos primeras salas que llenan toda el area inferior ó planta baja del palacio, están ocupadas por la Suiza, la Dinamarca, la Suecia, la Noruega, Méjico y el Perú. Detrás de ellas, á la derecha, la tercera sala está dividida en dos partes; una pequeña destinada á la Prusia: en la otra ostentan sus productos artísticos Austria, Sajonia, Wurtemberg, Inglaterra, Italia y España.

Entremos, pues, ya de lleno en nuestro asunto, empezando por la Exposición de Bellas-Artes, á la que nos llamamos con preferencia nuestras aficiones y el mayor aliciente que suponemos tendrá para nuestros lectores.

II.

LOS PINTORES ESPAÑOLES.

Al frente de los pintores españoles que han enviado obras á la Exposición de Paris, (y tambien de los que no las han enviado, sea dicho en paz) debemos colocar á D. Federico de Madrazo, que hace ya mucho tiempo disfruta una reputación verdaderamente europea. Su elogio en nuestra boca podría parecer sospechoso á los que conozcan las estrechas relaciones que nos unen; por esta razon preferimos transcribir aquí literalmente el párrafo que en su luminoso juicio crítico de la Exposición ha dedicado al señor Madrazo M. Julio Lecomte en la *Independencia belga* (8.º artículo correspondiente al 7 de setiembre próximo pasado.) Dice así:

« La España nos ha enviado obras de sobresaliente

é inesperado mérito. Al frente de ellas debemos colocar los retratos de medio cuerpo y de cuerpo entero de D. Federico de Madrazo, premiado en Francia en 1846 con la cruz de la Legión de Honor, y que desde entonces ha seguido distinguiéndose con incesantes adelantos que le han elevado á la categoría de un verdadero maestro. Citemos ante todo un excelente cuadro de asunto religioso que demuestra la flexibilidad de pincel del artista: hablamos de las *Santas mujeres en el sepulcro*, composición severa, armoniosa, llena de tristeza y solemnidad, que contrasta grandemente con la gracia y el primor que el señor Madrazo ha sabido desplegar en sus retratos de señoras. En este punto descuella sobre todos el maestro español, á despecho de las rivalidades francesas y muy señaladamente de la de M. Eduardo Dubuffe, con quien por un espíritu de mezquino é injusto nacionalismo, se le ha querido comparar. Para distinguir á uno de otro á estos dos retratistas, diré que si M. Dubuffe es un pintor de gabinete, el señor Madrazo es un pintor de salon. Su retrato del rey D. Francisco de Asís, reproducido con tanta morbidez por el afamado buril de Calamatta, el retrato de la duquesa de Alba, los de las señoras duquesa de Sevilla, condesa de Vilches, señorita doña Sofia Vela y condesa de Robersart son obras eminentemente notables, elegantes y llenas de vida. Hay entre otros un retrato de la nodriza de la princesa de Asturias, cuya cabeza es una maravilla. El del difunto señor Posada, patriarca de las Indias, el del teniente general Mazarredo, el del señor Dalborgo presentan un vigor de entonación, una verdad y un acierto en su disposición general realmente brillantes. Razon es pues que coloquemos no solo á la cabeza de todo el arte español, sino muy en primera linea entre todos los mejores retratistas de nuestra época, al autor de esta viva colección, en la que sorprenden y deleitan la ciencia del dibujo, la armoniosa brillantez del colorido y la verdad de la expresión. Aun cuando D. Federico de Madrazo no hubierapintado mas que el admirable retrato de la duquesa de Medinaceli, bastaría seguramente para ser uno de los primeros retratistas de Europa. »

D. Luis Madrazo, hermano del anterior, ha expuesto un bellissimo cuadro de figuras del tamaño natural, cuyo asunto pertenece á la historia de los primeros tiempos del cristianismo: representa el *Entierro de Santa Cecilia en las catacumbas de Roma*. Este cuadro, pintado por su autor hace tres años en aquella capital, en la cual se hallaba entonces pensionado por la Real Academia de S. Fernando, causó grande sensación entre los inteligentes, tanto en aquel emporio de las artes como despues en Madrid, cuando estuvo expuesto en el museo de la Trinidad; lo cual movió al gobierno á adquirirlo para el citado museo, en razon al proyecto que existe hace años de establecer en él una seccion de obras de autores vivos: es regular que este proyecto, como tantos otros de verdadera utilidad, se quede en... proyecto, á la española. — Composición severa, toda impregnada de un profundo sentimiento religioso, es imposible contemplarla sin sentirse mentalmente transportado á aquellos borrascosos dias del cristianismo naciente en medio de tantas y tan crudas persecuciones, inútiles sin duda para atajar su santo vuelo, pero provechosísimas para probar su pureza en el crisol de la tribulación, y hacerle salir triunfante de todas las flaquezas, como de todas las inquietudes de los hombres. Seis figuras forman el grupo de la composición. El papa S. Urbano, asistido de un acólito, en pié y revestido de sus vestiduras pontificales, bendice los restos inanimados de la Santa, cuya casta y deliciosa cabeza sostiene sobre sus rodillas una jóven angelicalmente hermosa, mientras que otra virgen cristiana, arrodillada junto al sagrado cadáver, lava con piadosa mano la sangre de que le han cubierto sus verdugos. Otra figura, que á nuestro juicio es la mejor del cuadro, representa á un cristiano jóven todavía, pero cuyo noble é inteligente rostro revela una precoz madurez producida por la contemplación continua de escenas semejantes á la que á la sazón está presenciando, en actitud de añadir una dolorosa página al martirologio romano. Pocas obras de mas mérito que esta ofrece la Exposición: á un dibujo correcto y puro que recuerda la severidad de Overbeck; á una composición sobria y filosófica como las de este gran maestro moderno, honra de Alemania, une el colorido verdadero y seductor al mismo tiempo de la escuela española. Para dar en Francia una idea cabal de su privilegiado talento, el jóven Madrazo (D. Luis) hubiera debido enviar á la Exposición algunos de los excelentes retratos que tanta reputación le van granjeando ya en España al nivel de su padre y hermano.

Compañero de estudios y triunfos de D. Federico de Madrazo, con quien le une desde la infancia una estrecha amistad, D. Carlos Ribera sostiene hoy con gloria, como aquel, un apellido justamente célebre en la historia del arte moderno. La obra suya mas importante que se ve en la Exposición es el bello cuadro histórico que representa el *Origen de la casa de los Girones*. Hé aquí en breves palabras como refieren este hecho nuestros cronistas y señaladamente Gudiol en su Historia de aquella nobilísima casa. Vencido en la rota de La Sagra, estaba D. Alonso VI á punto de caer en manos de los moros, cuando el conde D. Rodrigo, uno de sus magnates, acude en su auxilio, le da su propio caballo y queda prisionero en lugar del rey, á quien, previendo prudentemente que podría olvidar algun dia aquel beneficio, tuvo cuidado de cortar un giron del manto, el cual conservó durante su cautiverio como prenda segura con que hacerse reconocer en todo

tiempo. D. Alonso no habia conocido á su libertador en la confusión de aquel apurado trance, pero conservaba muy agradecida memoria al favor recibido, el cual se atribuian falsamente varios malos caballeros, hasta que restituido D. Rodrigo á la libertad, presentó al rey el consabido *giron*, otorgándosele por merced que para perpetuar el recuerdo de aquella prueba de lealtad, el nombre de Giron fuese en adelante timbre y apellido de su casa. Cabeza de esta ilustre estirpe es hoy el señor duque de Osuna y del Infantado, para quien Don Carlos Ribera ha pintado el cuadro de que vamos hablando y que representa el momento en que al montar D. Alonso VI á caballo, le corta el conde un pedazo del manto: en el fondo se ve la batalla, llena de movimiento y vida: todos aquellos hombres cubiertos de hierro, envueltos en densa polvareda, pelean como leones. Tres retratos, tan apreciables por el mérito de la ejecución como por la semejanza, el del duque de Alba, el del marqués de Alcañices y el del rico capitalista señor Lopez Mollinedo completan el contingente enviado por nuestro distinguido artista.

De asunto histórico es tambien la principal obra presentada por el señor Espalter (D. Joaquin) uno de nuestros pintores de mas talento: representa el *Ultimo suspiro del moro*, segun la expresión popular, — es decir, el último adios de Boabdil á su querida Granada, en el momento en que su valerosa madre le dirige estas palabras conservadas por la tradición y que tan preciosos versos han inspirado á nuestros antiguos romanceros y mas recientemente al inmortal cantor de D. Juan y de Child-Harold: *Llora como una mujer, ya que no has sabido pelear como un hombre*. Hay en este cuadro como un baño de honda é inconsolable melancolía que involuntariamente penetra el alma del espectador y le hace interesarse á pesar suyo por aquellos desventurados proscritos: Granada, la perla del Occidente, se les aparece á lo léjos como una brillante estrella que nunca mas volverán á ver. Otros dos cuadros, de asunto religioso, que representan el uno á la *Virgen con el niño Jesus y san Juan*, y el otro á *Santa Ana dando lección á la Virgen*; un excelente retrato de señora y dos cuadros tambien pequeños (*los Pifferrari* y una *Vieja diciendo la buenaventura á una niña*) colocan al señor Espalter entre los expositores mas justamente aplaudidos en los varios géneros á que corresponden las seis obras suyas que dejamos enumeradas.

La égloga primera de Virgilio ha inspirado al señor Murillo (D. Benito) una de las mas poéticas composiciones con que España se honra en la Exposición de Paris. Consta de dos solas figuras de tamaño natural, interpretación algo fantástica y libre de estos versos del divino poeta de Mantua:

*Nos patriam fugimus: tu, Tityre, lentus in umbra,
Formosam resonare doces Amaryllida silvas.*

Por lo demás, el pintor podrá decir que no ha querido representar el momento mismo en que Virgilio coloca á Tityro oyendo aquellas palabras de boca de Melibee, sino uno de los momentos anteriores en que cantando al son de su caramillo la hermosura de Amarillis delante de esta, justifica la razon con que aquel pastor se las dirige envidiando su fortuna. Tambien podrá decir que no ha pensado en representar á Tityro, cuya juvenil fisonomía no se ajusta bien con aquello de

Candidior postquam tonidenti barba cadebat.

Tomemos pues este cuadro por lo que es, sin buscar en él significaciones que ningun mérito pueden añadirle, y aplaudamos sin restriccion la graciosa actitud de las figuras, el apacible *repose* de aquella sencilla escena pastoril y el bello país que forma su fondo.

Un poco de dureza en algunas figuras es el único reparo que en nuestro sentir puede ponerse al gran cuadro del señor Montañés (D. Bernardino) que representa á Saul en el momento en que la pitonisa de Endor evoca ante su vista la sombra de Samuel. Esta obra, pintada en Roma, fué enviada á Madrid al mismo tiempo que la *Santa Cecilia* de D. Luis Madrazo, hallándose ambos jóvenes en aquella capital pensionados por la Academia, en compañía de otro á quien no podemos menos de consagrar aquí un sentido recuerdo: hablamos del malogrado Sainz (D. Francisco) á quien una muerte precoz arrebató hace dos años á la alta gloria artística á que indudablemente estaba reservado. Sainz tenia un verdadero genio para la pintura: las pocas obras suyas que se conservan, flores tempranas que los inteligentes guardan como verdaderas joyas, descubren lo mucho que debia esperarse de aquel privilegiado talento juvenil, si hubiese llegado por el buen camino que seguia en Roma á toda la plenitud de su madurez.

El recuerdo del malogrado Sainz nos trae naturalmente á la memoria el de otro de nuestros insignes talentos contemporáneos, arrebatado tambien al arte por una muerte prematura: tal es el hábil paisista Villamil (D. Genaro Perez), de quien se ven en la Exposición cuatro bellos cuadros de un colorido seductor en sumo grado y de una riqueza de ejecución verdaderamente magistral.

Muchos elogios merece el señor Lorenzale por la feliz composición y buen colorido de sus tres cuadros históricos el *Origen de la familia de los Centellas*, el *Cid y Otgero Cataláunico*. Merece los igualmente el señor Cerda por su *Isabel la Católica dando la libertad al hijo de Boabdil*. Un episodio de la vida de esta gran reina, gloria de España y honra de su sexo, da asunto á uno de los tres cuadros que ha enviado á Paris el se-

ñor Clavé (D. Pelegrin), actual director de pintura de la Academia de bellas-arte de Méjico. Son los otros dos el *Sueño del profeta Elias* y el *Samaritano*. Tan correcto dibujante como entendido colorista, el señor Clavé hace honor á su país en la patria de Motezuma y justifica la acertada eleccion que de él ha hecho aquella Academia por ponerle al frente de su seccion de pintura. Bajo tan buen maestro, es imposible que no dé colmados frutos la escuela mejicana.

EUG. DE OCHOÁ.

Revista de Paris.

La semana última se ha pasado en recordar de los esplendores de la fiesta del 15 de noviembre. Los que no pudieron asistir á esta ceremonia sin igual acuden en muchedumbre á los conciertos que se dan muchos dias en el vasto salon del palacio abierto al público hasta fines de mes, así como lo restante de la Exposicion Universal de la Industria y de las Bellas-Artes. El grito de admiracion que se oia proferir á cada una de las personas que entraban en el palacio el juéves de la semana anterior, ha sido repetido hasta hoy por todos los oyentes de esos conciertos que son como un eco de la ceremonia oficial. Los periódicos de Paris han llenado estos dias sus columnas con las descripciones de aquella ceremonia memorable, midiendo los millares de metros de lienzo, de alfombras, de tapices, de terciopelo y de franjas de oro que se emplearon para el adorno de la sala, enumerando los cajones de arbustos y los diez mil tiestos de flores del estrado, contando los cuadros, las estatuas, los trofeos. Por ellos hemos sabido que desesperando la comision del palacio de poder encontrar en los almacenes de Paris la extraordinaria cantidad de terciopelo encarnado que necesitaba para las colgaduras, recurrió á una empresa que sola se halla en posesion de provisiones tan crecidas de ese género, y esta empresa, no se asuste el lector con el contraste, es la de las *pompes funébres*, ó digamos para mayor claridad, la compañía que en Paris toma á su encargo el hacer las exéquias á los difuntos. Esta gran cantidad de terciopelo debia irse teniendo de negro á medida que se fuera necesitando; en adelante podrá reservarse para las grandes solemnidades, si es que vuelve á presentarse otra vez la ocasion de organizar una ceremonia análoga en esa inmensa nave tan propia para esa clase de reuniones.

Sin descender aquí á detalles de tocador que no son por cierto de nuestra competencia, séanos permitido señalar la presencia de cierto accesorio que llevaban las señoras de la corte, que llamó en extremo la atencion del público, queremos hablar del abanico. Su majestad la emperatriz Eugenia era la primera que ostentaba este objeto que seguramente podia considerarse como un lujo superfluo, en vista de la rigurosa temperatura de aquel dia, si bien es verdad que se habia tenido buen cuidado de calentar el trono, y que además el sol que rara vez niega sus simpatías á las fiestas imperiales esparció sus rayos benéficos por la sala. Pero hé aquí cómo y porqué la Emperatriz llevaba un abanico, y porqué le llevaban tambien la princesa Matilde y las damas de la corte.

Los organizadores de la fiesta habian encargado á un impresor cuyo nombre figura á la cabeza de las medallas honoríficas, la impresion de cinco mil programas de la parte musical tirados en papel vitela para uso del público, quinientos en papel de aguas para los miembros de los grandes cuerpos del Estado, y cincuenta en raso blanco con letras de oro para Sus Majestades y las damas de la corte; mas el impresor conoció al instante que el raso, tela muy adecuada para un programa de representacion teatral porque se deja sobre la barandilla del palco, tenia el inconveniente de no poder conservarse en la mano en razon de su poca consistencia. Entónces se ocurrió la idea de los abanicos. El tipógrafo premiado sabia que entre los abanicos que figuraban en la Exposicion Universal, la Emperatriz habia señalado uno de su gusto, pero que no le habia comprado sin duda porque en vista de su módico precio le pareció que la pintura no seria una obra original (se vendia en ciento treinta pesos); y poniéndose de acuerdo con el abaniquero, resolvieron presentar á Su Majestad ese precioso objeto, á título de recuerdo de la Exposicion y de la ceremonia del 15 de noviembre que se celebraba precisamente el dia de Santa Eugenia. Por un lado se imprimió el programa con caracteres azules sobre piel blanca, y por el otro quedó la preciosa pintura á la aguada, que representaba la madre de los amores, pintura original firmada por dos artistas de nombrada.

Otro abanico especial se preparó igualmente para la princesa Matilde; los cincuenta restantes se imprimieron en papel charolado y se adornaron con un bonito dibujo de cromolitografía, para ser repartidos entre las señoras de la corte á su entrada en el palacio.

Así se explica la ingeniosa idea que produjo aquella multiplicidad de abanicos que se notaban sobre el estrado imperial y que hizo sonreír á muchas personas. Una señora decia sobre este punto que en atencion al rigor de la temperatura habria sido preferible que se imprimiera el programa en caliente-piés; pero á pesar de esta agudeza hiperbólica, no es ménos cierto que el abanico en cuestion será conservado en las familias como recuerdo de aquella solemnidad que no nos cansaremos de llamar magnífica.

El programa de los conciertos que se dan desde aquel dia en el salon del palacio de la Industria varia á cada uno de ellos, y Paris está disfrutando hoy de las bellezas de las

primeras composiciones musicales de los maestros mas célebres del mundo. M. Berlioz á la cabeza de sus 1,200 soldados líricos está haciendo prodigios; el 17 las entradas produjeron 80,000 francos.

El domingo siguiente se destinó á la música coral: mil seiscientos orfeonistas de Paris y de las ciudades mas próximas hicieron resonar la vasta bóveda de la nave con sus de acentos melodiosos. El lunes tocaron todas las músicas militares de la guarnicion de Paris, y el martes M. Feliciano David hizo ejecutar por una orquesta y unos coros compuestos de 1,250 músicos varios fragmentos de su gran composicion titulada el *Desierto* y el final de *Cristóbal Colon*, con un *Himno á la paz universal* que se cantaba por primera vez. Habrá dos conciertos mas esta semana, y por último, el domingo 25 se terminará la serie de estas fiestas admirables con una solemnidad musical inaudita: unos cinco mil orfeonistas venidos no solo de las principales ciudades de Francia, sino de Bélgica y Alemania, reunidos bajo la direccion de C. Gounod, entonarán las mejores piezas del repertorio. Esta brillante y soberbia manifestacion probará el poderío del arte musical, lazo armónico de los hombres y de los pueblos que saben entenderse así como por un acuerdo misterioso á centenares de leguas de distancia.

Resultará de estas fiestas colosales la solucion que se desea sobre el destino ulterior de ese inmenso edificio que dentro de pocos dias se encontrará desocupado? Muchos lo esperan; si los conciertos no pudieran dar lo suficiente se erigirá un teatro, un teatro donde podrian haber veinticinco mil espectadores: la obra seria digna de la capital de la Francia.

A principios de la semana la policia parisiense ha dado un golpe de los suyos descubriendo una casa de juego clandestina. Hé aquí como cita el periódico judicial este curioso lance:

Una antigua notabilidad coreográfica de los bailes públicos de Paris, llamada Luisa D..., hoy en la edad fatal de cuarenta años, viendo que su poderío y sobre todo sus protectores iban disminuyendo á medida que se ajaba su belleza y se aumentaban sus años, resolvió utilizar los ricos muebles que aun tenia, únicos restos de su antigua opulencia, y el misterioso cuartito que ocupaba en el fondo de un jardin en una casa de un barrio céntrico, para reparar la falta de recursos que se hacia sentir en aumento cada dia.

Pronto pensó en el juego, ella que tanto habia jugado y perdido, pero lo escabroso era burlar la vigilancia de los agentes de la policia. Luisa pensó que como hasta ahora todas las casas de juego descubiertas habian elegido con preferencia para la reunion de sus jugadores clandestinos las horas de la noche en que todo está bien oscuro, quizá seria mas fácil ocultar á los agentes la existencia de un *Infierno* que solo celebrara sus sesiones durante el dia, y en efecto, estableció en su aposento un garito donde solo se jugaba de las doce á las cuatro de la tarde. El local situado, como hemos dicho, en el fondo de un jardin ocupaba el segundo piso de una casa pequeña habitada solo por otros dos inquilinos, y para llegar al *Infierno* era imposible que nadie atravesara el jardin sin ser visto. Los agentes de la autoridad veian, pues, la dificultad de penetrar de súbito en la casa para sorprender in fraganti á los jugadores que en ella se reunian, pues sabian á ciencia cierta la existencia del delito, gracias á la vigilancia oculta que ejercieron en torno de la casa durante algun tiempo.

Pero otras empresas mas difíciles han llevado á cabo estos perseguidores incansables de los juegos furtivos. Uno de ellos supo hará quince dias que la directora de tan ilustre sociedad buscaba un hombre para que barrera y encerrase el entarimado de sus aposentos, y al punto disfrazándose con el traje particular de los saboyanos que ejercen comunmente en Paris este humilde oficio, el agente se presentó á la dama que, despues de ajustado el precio, le recibió sin el menor recelo.

Luisa estaba muy contenta de su servicio, pero el miércoles último hé aquí que el barrandero se descuidó y no llegó á casa de su ama hasta despues de las dos de la tarde.

— Juan, le dijo Luisa, ya es demasiado tarde; tengo visitas hoy y la sala no está limpia; no quiero que se repitan tales faltas.

Juan se justificó lo mejor que pudo y haciendo el papel del tonto á las mil maravillas.

— Está bien, dijo el ama apaciguándose. Limpia unicamente el recibimiento y la alcoba, pues no quiero incomodar á mis amigos. Si llaman me avisarás ántes de abrir, y sobre todo no te duermas.

Y se volvió á la sala á su negocio. Pero el lobo estaba en el aprisco, y algunos momentos despues Juan abrió la puerta al oficial de paz encargado de este ramo de la policia, que con sus agentes penetró de pronto en medio de los espectadores, alóntos con su visita.

La reunion era numerosa y se componia como siempre de mujeres bonitas y de algunos jóvenes que iban perdiendo de lo lindo. Habia tambien dos extranjeros, un comerciante de Paris, dos actrices y un autor dramático. Todo lo que habia en la casa fué embargado, y Luisa marchó á la cárcel escoltada por su criado Juan que en efecto no se durmió barriendo.

Paris sigue aficionado á los papeles autógrafos: estos dias se ha vendido la coleccion de M. Renouard, librero y bibliógrafo distinguido, á precios elevados. Tres billetes firmados por Luis XVI bastante curiosos obtuvieron 25 francos cada uno. Entre los autógrafos mas interesantes de la coleccion de M. Renouard figura una bonita carta de Montesquieu fechada en Florencia el 26 de diciembre de 1728, donde se encuentra el siguiente párrafo:

« Florencia es una ciudad preciosa; no se habia en ella del príncipe ni alto ni bajo; los ministros van á pié y cuando llueve sacan un paraguas de hule; solo las damas tienen

una buena carroza, porque aquí se rinden grandes honores á las damas. Nos retiramos por la noche con una pequeña linterna grande como la mano donde ponemos un cabo de vela... Todo el mundo vive holgadamente; como lo necesario es poco, lo superfluo es mucho, y esto introduce en la casa una paz y una alegría continua, en tanto que la nuestra se halla siempre alborotada por la importunidad de los acreedores. Las mujeres se encuentran tan libres como en Francia, pero no parece que lo sean tanto, etc. »

Esta carta se vendió en 90 francos. Un autógrafo de Pascal alcanzó la suma de 285 francos; una carta de Newton en inglés 75 francos; otra de Gluck, el célebre compositor, 115 francos; otra de Sterne 50 francos, y otra de San Vicente de Paul 80 francos.

Habia epístolas en esta coleccion que despertaron un interés singular en los compradores. Tal es una carta hallada entre los papeles de Robespierre en que una dama viuda le ofrece con su mano 40,000 libras de renta. Esta declaracion amorosa se vendió en 19 francos. Para formarnos una idea del carácter receloso y de la extremada susceptibilidad de J. J. Rousseau, leamos las siguientes líneas que dirige á Bernardino de Saint-Pierre. Este último á su regreso de la isla de Francia dejó un dia en casa de Rousseau un cucurucho de café que habia querido regalarle: hé aquí la respuesta que recibió:

« Caballero: solo una vez nos hemos visto en nuestra vida y ya principiais con regalos: yo no acostumbro á tratar á las personas que me regalan algo para evitar el desagrado de las compañías desiguales. Podeis dejar en mi casa ese café ó lleváoslo, pero en el primer caso me permitiréis que os dé las gracias y que esto se acabe aquí... »

Es digno de notarse tambien el siguiente párrafo de una carta de Luis Bonaparte, el futuro rey de Holanda, al mismo Bernardino de Saint-Pierre; por él podemos medir el gran éxito que obtuvo su obra, *Pablo y Virginia*. Dice así:

« Pablo y Virginia es un libro que me ha costado muchas lágrimas, y sin duda no vertió tantas el infeliz Pablo cuando se separó de su hermana. Pero si me atrevo á escribiros, ciudadano, es para saber de vos las circunstancias de esa obra que no han sido fruto de la imaginacion: decís que hay verdad en ella: ¿cuál es lo verdadero? ¿cuál es lo falso? Esto es lo que deseo saber para que otra vez al leerla pueda decirme á fin de consolar mi sensibilidad alligada: esto es verdadero y esto es falso... »

Las cartas de Rousseau y de Bonaparte se vendieron cada una en 16 francos.

Un simple billete de Clery, el ayuda de cámara de Luis XVI, obtuvo en la venta 43 francos. Hé aquí todo su contenido:

« Luis XVI pide para Madama Elisabeth un Oficio divino para la noche en latin-francés. — Un Oficio divino para el dia en siete ó ocho tomos. — Un Manual del cristiano que contenga los Salmos, las Epístolas, los Evangelios y la Imitacion de Jesucristo... »

Otro billete de Clery, que se vendió en 20 francos, decia lo que sigue:

« Luis Capeto pide un termómetro para su cuarto. 12 de octubre de 1792. Año P° de la República francesa. »

Otros muchos papeles curiosos figuraban en la venta de M. Renouard que todos se vendieron á precios mas ó menos altos, segun la importancia de las firmas, que se mide, como es sabido, no tanto por la celebridad del personaje, sino por el número mas ó ménos crecido de autógrafos que se conocen de su mano.

MARIANO URRABIETA.

El empleo de la vejez.

Traduccion libre de Amereonte.

Traviesas bulliciosas
Me gritan las muchachas:
En este limpio espejo
Mira, mira tu cara.
Di: ¿no te encuentras viejo?
¿Tu frente ya arrugada
Del curso de los años
No da señales claras?
¿Dó están aquellos bucles
Que en ondas por la espalda
Cual hebras de oro puro
Graciosos fluctuaban?
Yo las respondí: hermosas,
Son verdades amargas;
Pero á mí ¿qué me importa
Tener ó no esas galas?
Solo sé que la vida
Mientras mas se adelanta,
Mientras mas á su ocaso
Con paso veloz marcha,
Mas debe un pobre viejo
Esperar su hora infausta
Entre vino y mujeres,
Entre fiestas y danzas.

M. C.

Excursion al Queyras (Altos-Alpes).

INAUGURACION DE LA CARRETERA DE QUEYRAS.

Hace pocos dias todo el valle de Queyras y con particularidad el castillo estaban en conmocion.

Una fiesta grande y solemne se preparaba y ciertamente habia motivo para regocijarse, pues el país iba á quedar abierto al fin á la circulacion, iba á principiar una nueva vida. Un hermoso y magnífico camino se abria en medio de sus rocas ántes impracticables y á cuyo abrigo existia el Queyras como separado del mundo entero. No hace mucho tiempo aun que un viaje por ese valle se consideraba como

una excursión á un país desconocido: se hablaba con temor del sendero peligroso que había que recorrer: verdadero camino de cazador de gamuzas, costaba los abismos en cuyo fondo se distinguía apenas el torrente cuyo ruido llegaba á los oídos del viajero como un gemido; en ese sendero cortado al pié de rocas majestuosas, se pensaba que á cada momento iban á desplomarse los peñascos inmensos bajo los cuales se pasaba temblando. Contábanse lúgubres historias, sobre todo cuando salía á conversacion el famoso *Paso de la Muerte*.

No es decir que el departamento haya fundido las rocas ó nivelado las montañas, lo que por cierto sería de deplorar, pero el viajero puede hoy recorrer esa comarca encantadora sin que su admiracion se vea interrumpida por el sobresalto de verse de un instante á otro borrado del número de los vivos. Sé que la inauguracion de un camino modesto en un país casi desconocido no debería figurar junto á las majestuosas solemnidades que describe el *Correo de Ultramar* con todos sus pomposos detalles; pero así como un cuadro de género puede ponerse al lado de un vasto lienzo de historia, así tambien la inauguracion de la carretera del pintoresco valle de Queyras podrá pasar sin ser inoportuna en las columnas ilustradas de ese periódico abiertas á las actualidades de todo género. Y sin embargo, ¡cuánto prestigio tendría esta solemnidad á los ojos de los artistas si conocieran este rincón privilegiado de los Altos-Alpes! Aquí abunda cuanto puede desear el pintor; apacibles paisajes animados por habitantes de trajes variados y curiosos; un espectáculo grandioso formado por grandes montañas cubiertas de nieve; rocas de figuras y colores diversos, todo se encuentra aquí, y todo dominado por la cabeza desnuda y nevada del monte *Viso*, que cierra el valle. ¡Y cuántas riquezas tambien para el entomologista y el botánico! Pero dejémoslo para otro día el placer de describir y dibujar á fondo ese interesante valle; la fiesta nos está esperando, hablemos de ella.

Lo primero es dar á conocer el lugar de la fiesta. El castillo Queyras se halla situado en medio del valle; es un bonito fuertercillo colocado como un nido de águila sobre una roca cortada á pico casi por todos lados. Si el viajero se queda sorprendido al descubrir de repente unos muros almenados en medio de las montañas, el fuerte por su parte se muestra con un aspecto amenazador ante el extranjero, á la manera como está recogido sobre sí mismo como para lanzarse sobre el que intentara un ataque, y guarnecido todo de cañones á mayor abundamiento. Pero para esto hay que decir



Ceremonia de inauguracion de la carretera del Queyras, sobre el nuevo puente.



Vista del castiño Queyras, tomada del camino de Abries.

que el fuertercillo tuvo tambien en otras épocas sus momentos de susto: vió pasar ejércitos bajo sus murallas, y mas de una bala vino á morder sus fortificaciones ó hizo brecha en sus torrecillas. Grandes nombres amigos y enemigos figuran en su historia; Lesdignieres, que para apoderarse de él, tuvo que subir cañones á brazo; Víctor Amadeo el duque de Saboya se encontró obligado á respetarle, pues el fuertercillo á la palabra de rendicion enseñó los dientes; luego Catinat que estableció allí un campo fortificado cuyos vestigios se muestran todavia. Vemos pues que la pequeña fortaleza tiene su lugar en la historia y un lugar muy honroso. Por consiguiente el lugar de la fiesta se hallaba bien escogido. Queriase celebrar dignamente la inauguracion del camino, y con este fin se habia dispuesto que habria misa mayor, concierto, banquete, y quizá un gran baile. Se enviaron esquelas de convite por todo el valle y muchos forasteros se hallaban tambien invitados. El dia prefijado, todo el clero, las autoridades y los habitantes de Queyras se reunian en torno de un altar pintorescamente establecido en la roca sobre la cual se apoya un nuevo puente de una estructura gigantesca. El golpe de vista era precioso: la roca, adornada de flores y de banderolas, con una masa de coristas en una de sus grietas; á su falda una muchedumbre alegre y vestida con trajes variados; por último, sobre el puente las banderas con los colores nacionales, guirnaldas, hermosos abetos verdes, y todo esto alumbrado por nuestro sol de las montañas, repito que era un espectáculo asombroso. Despues de la misa que se dijo con la mayor solemnidad, las personas mas notables del país pronunciaron varios discursos

llenos de ardientes aspiraciones hácia el progreso, y luego echada la bendicion al camino y al puente el cortejo se dirigió al lugar donde estaba preparado el banquete, al ruido de los estrepitosos disparos de las escopetas.

Aunque casi extraño para los convidados al banquete, no por eso dejaron de solicitar mi presencia en él con muchos ruegos, y en breve me hallé sentado á una mesa opípara para cuya composicion se habia recurrido á las montañas y al torrente; gamuzas, faisanes, liebres, perdices y la delicada trucha abundaban sobre los blancos manteles.

Muy agradecido estoy á la franca hospitalidad que he recibido para que olvide mencionarla aquí del modo que merece. Ya ven Vds. que pago una deuda de gratitud al paso que cedo á una necesidad de manifestar los sentimientos que ese alegre dia hizo nacer en mí, enviando á Vds. los adjuntos dibujos.

E. G.

Tipos y trajes rusos.

Hemos recibido los dibujos que acompañan representando algunos tipos y trajes rusos copiados del natural, con la siguiente correspondencia; todo ello en el momento actual nos ha parecido oportuno:

Mucho hay que decir y que dibujar sobre este país, dice la carta. El aldeano ruso ha sido hasta ahora ó muy bien pintado por urbanidad hácia esa nación, ó muy salvaje para denigrarla. La Rusia aguarda todavía su Callot, y quien llegue á pintar al lugareño ruso con talento y con verdad, hallará una abundante cosecha de cosas originales y desconocidas; de ropes, de andrajos, de grasientas pieles llevadas por el hombre del pueblo



Soldados rusos disponiendo el rancho.

con cierta gracia, con un descuido casi oriental, y además de todo esto tal belleza en las formas, que podría creerse que el aldeano mismo tiene la conciencia del arte, y que ha estudiado el modo de envolverse naturalmente en sus harapos para la mayor hermosura de su andrajosa apariencia y la mas completa armonía con todo lo que le rodea.

Los años que pasa en Rusia un extranjero, á pesar de todos los azares y tropiezos no están desprovistos de interés. La Rusia es un país que se desea ver y estudiar cuando se la conoce: tantas son las buenas cualidades que van unidas á sus defectos y aun á sus vicios, porque los tiene y no quiere



Aldeano



Centinela ruso.



Aldeano.

desprenderse de ellos.

El verdadero ruso, el que no ha sido arrastrado por la imitación y por la copia, es bueno, de bastante ingenio, muy religioso y no ménos corrompido. Sus proverbios son buena prueba para quien desee informar se de esta verdad; el latin no encubre bastante la honestidad para que yo me atreva á trasladarlos aquí. En fin, embustero como un judío y un griego juntos, estafador por naturaleza y por placer, el aldeano ruso no ha hecho en esto mas que seguir las tradiciones ó mas bien las huellas de la alta sociedad.

Para hacer los dibujos mas inteligibles no descuiden Vds. poner al pié los títulos que los distinguen. Empecemos por los soldados:

Soldados en la fuen-



Tratantes de puercos en San Petersburgo.

te, preparativos de un festin. — Un enorme barreño bajo el caño de la fuente, donde flotan y se sumergen corazones de vaca livianos y otros pedazos cuyo detalle seria poco apetitoso, y que están lavando los soldados. Es una variante de las coles que constituyen su comida ordinaria, coles agrias, aunque menos desagradables tal vez que el perfume que exhalan.

Soldado en el ejercicio de sus funciones sobre los parapetos, cubierto con una especie de capa andrajosa, forrada con unas pieles en no mejor estado y calzado con dobles zapatos indispensables sobre una tierra cubierta de nieve. Al lado está su garita, con mas un cañon y luego una cruz negra con su capitel; esta cruz tiene por

objeto el exhortarle a la paciencia. Aldeanos rusos en traje de invierno: capoton de piel de carnero, cuello y gorra de pieles, pero de otra clase que el capote. El aldeano de la derecha es un mercader finense, que es mas astuto y estafador que los otros. Todos esos hombres que parecen tan miserables viven con la mayor indiferencia y como si fueran dichosos.

Un tratante en puercos en la plaza del Sennaia en San Petersburgo. Esa plaza es el punto de reunion adonde llevan de todo el imperio cuantas aves, caza y pesca se pueden dar por poco dinero. Los puercos sacan de los cestos sus hocios helados. Por Navidad y Pascuas, despues de la cuaresma es cuando tienen lugar esos concursos de provisiones de toda especie. En el dibujo que señalamos aqui el negocio se trata entre dos buenos rusos, el uno de ellos que desea desquitarse de las abstinencias de la cuaresma, cosa bastante agradable para ellos despues del rigor de su regimen religioso.

Como ven Vds. estos dibujos no tienen otro valor que su verdad. D. H.

PEPITA.

(HISTORIA DE LA PAMPA.)

I.

Habíamos salido hacia siete días de Buenos-Aires, y habiendo atravesado la provincia de este nombre, una de las mas vastas de la Confederacion del Rio de la Plata, y la de Santa Fé, nos prometimos llegar á Córdoba en la noche siguiente. A las llanuras interminables que durante tanto tiempo habian cansado nuestras miradas, sucedia un pais mas risueño cortado con frescos arroyuelos y cubierto en muchos sitios de una hermosa vegetacion. Primeramente se habian mostrado á nuestros ojos unos algarrobos raquíticos cargados de viejos nidos de papagayos, pero luego los sauces plantados por la naturaleza á las orillas de las aguas mezclados con otros árboles mas vigorosos y los espesos zarzales concluyeron por hacernos notar que nos hallábamos en medio de un monte. Nuestros caballos trotaban vivamente sobre un suelo ligero y arenoso; los pájaros cantaban. Dos horas largas faltaban aun para el crepúsculo, y apenas teníanamos que andar una legua para llegar á la casa de postas donde debia hacerse el relevo. Esta casa se hallaba situada en la esquina donde desembocan los dos grandes caminos que unen el Océano Pacífico con el Atlántico: el uno es el del Norte que conduce á Bolivia y al Perú por Tucuman y Salta, y el otro es el del Sudeste que lleva á Chile pasando por San Luis y Mendoza. Es de creer que un día se edificará un pueblo en el punto de union de esas dos vias de comunicacion tan importantes, pero en la época en que yo me detuve no se veia alli otra habitacion que la casa de postas.

Contábamos aprovechar lo que quedaba de día para adelantar un poco de camino, pero un habitante de Córdoba que viajaba con nosotros se empeñó en que habíamos de pasar la noche en aquella casa. Era ese compañero nuestro un jóven muy alegre, muy bien educado, y muy amante de los extranjeros.

— Créame Vd., decia, pasemos la noche en la esquina, donde encontraremos rostros mas gratos que en la pampa de Santa Fé; aqui vive una viuda doña Ventura, que hace divinamente los huevos revueltos con tomate, y quiero que oiga Vd. cantar á su hija Pepa.

Nos quedaba que andar mucho camino (trescientas leguas sin contar el paso de los Andes) ántes de llegar á Santiago de Chile y la estacion se adelantaba. Sin embargo, por complacer á nuestro amigo consentimos. Nuestros peones deseosos de hacer alto se inclinaron lanzando grandes gritos sobre el cuello de los caballos á los que daban de espuela sin piedad; los perros respondian al estrépito con ladridos feroces y en breve nos detuvimos ante la casa de postas.

Un viejo gaucho que hacia el oficio de mayordomo vino á recibirnos. En tanto que desenganchaban los caballos un mocito de doce á trece años, hermoso como un pastor de Murillo y que tiraba pedradas á las palomas que andaban por las higueras, se echó al cuello la honda y corrió á la casa gritando:

— Madre, madre, aqui está don Mateo con unos señores forasteros.

Don Mateo, que era nuestro amigo el cordovés, fué á dar sus órdenes para la comida y á prevenir á la dueña que necesitábamos caballos para el otro día. Cada uno de nosotros arregló sus mantas sobre el estrado que reinaba en torno de la sala destinada á los viajeros. Ese aposento muy vasto y aseado no tenia otros muebles que una lamparilla encendida ante la imagen de una Virgen y una guitarra colgada de un clavo. Para la comida doña Ventura mandó traer unos grandes sillones de cuero con tachuelas doradas, que sin duda habian sido fabricados en Granada en tiempo de los reyes católicos. Unas cholitas (muchachas del campo) muy despiertas, que no decian nada, pero que miraban mucho, pusieron la mesa y sacaron a ella un plato de huevos revueltos con tomate al lado de unas grandes fuentes donde nadaban gruesas tajadas de carne en medio de una salsa abundante y bien cargada de especias. La dueña sentada sobre un estrado

se alegraba al ver nuestro apetito, y se ponía muy hueca cada vez que uno de nosotros le ponderaba la excelencia de sus manjares.

La Pepa se mantenía á su lado; era esta un hermosa jóven de cutis blanco y fresco, casi rubia, que fumaba con indolencia un cigarrillo paseando en torno suyo sus grandes ojos azules sombreados de largos párpados. Juanito, el mozo de la honda, daba vueltas alrededor de la mesa, se tiraba sobre nuestras mantas y probaba con mucha franqueza el vino de Burdeos que echábamos en nuestros vasos.

Cuando quitaron la mesa Mateo fué á descolgar la guitarra y presentándose a Pepita le dijo:

— Señorita, estos caballeros tendrian mucho gusto en oír á Vd.; vamos, cante Vd. un poquito y la tendrán á Vd. por la mas preciosa niña de la provincia.

Ibamos á reunir nuestros humildes ruegos con los de don Mateo, pero la jóven estaba ya templando su instrumento. Sin hacerse de rogar, sin toser, sin decir que estaba constipada cantó una media docena de canciones, ninguna de ellas corta. A cada coplilla, Mateo daba palmadas, y en verdad hay que decir que la Pepa poseia una voz encantadora. Su fisonomía se animaba por grados; de tiempo en tiempo se detenía y exclamaba: ¡Ay Jesus! estoy rendida; y continuaba con mas ardor que ántes. Su madre habia concluido por hacer coro con su hija. A cada estribillo nosotros pegábamos sobre la mesa con la palma de las manos, y Mateo imitando con sus dedos las castañuelas, bailaba como un loco en medio de la sala.

Por desgracia, el viejo mayordomo vino á interrumpir esta fiesta: se llegó á la viuda y le dijo que por el camino del Norte se distinguía una hilera de carretas.

— ¿Crees que son los de Salta, Toribio? preguntó la viuda.

— ¿Quién sabe? contestó el gaucho. Hace tres semanas que el correo cuando pasó por aquí me aseguró que habia salido el convoy de Gil Perez, y si no le ha sucedido nada en el camino puede que llegue aquí esta noche.

— Vamos, Pepita, dijo la vieja, ya viene nuestro amigo Perez que sin duda te traerá un buen regalo. Vete á ponerte maja, niña, y no te olvides del hermoso peine de concha que te regaló en su último viaje... Señores, añadió volviéndose hacia nosotros, deo á Vds. un instante, pero creo que en breve les presentaré un huésped distinguido.

— ¡Qué el diablo se lleve á Perez con los de Salta! dijo en voz baja Mateo cuando Pepita se retiró, y salimos á ver los carros.

Era en efecto un convoy de quince carretas con seis bueyes cada una, cargadas de frutos secos, de algodón y de fardos de cerda, que se iban acercando lentamente volviendo con trabajo sobre sus pesadas ruedas. Mecidas de un lado á otro por el movimiento, se atascaban en hoyos profundos de donde los bueyes las sacaban con mucho esfuerzo. Los boyeros tendidos entre la manta de cuero que cubre esas casas ambulantes y los fardos, picaban á los bueyes con los rejonas que salian por las puntas de sus largas varas. Como el camino muy estrecho por aquel sitio se hallaba obstruido por árboles muertos é invadido por zarzales erizados de espinas, las inmensas carretas obligadas á seguirse paso á paso tropezaban y se atascaban sucesivamente en los mismos obstáculos. De esos sacudimientos multiplicados resultaba un movimiento de lenta oscilacion que hacia chasquear los ejes y rechinar las ruedas.

Cuando todo el convoy se desarrolló en el espacio vacío cuyo centro marcaba la casa de postas, las carretas se arreglaron en línea en orden de batalla como cajones de artillería; se bajaron las varas y los yugos fueron depositados por tierra en el sitio que ocupaban los animales. Los bueyes que acababan de quedar libres se fueron con los de relevo que iban delante del convoy conducidos por una docena de ginetes.

En breve se vió salir de los rincones mas oscuros de aquellas carretas toda una poblacion extraña, boyeros con el calzón blanco bordado, la faja de lana á la cintura, el poncho rojo y azul, el gorro puntiagudo adornado de cintas verdes; mujeres y niños, pasajeros de toda edad que se habian unido á la caravana para hacer por poco dinero un viaje de trescientas leguas. En un instante se oyó como un ruido de colmena en torno del convoy; estos cortaban leña, aquellos corrian á la fuente y otros plantaban en tierra delante de la lumbre asadores de madera cargados de enormes trozos de carne.

Cada uno de esos carruajes obedecía á un capataz que galopando á caballo por los lados, á la cabeza ó á la cola de la columna segun la naturaleza de los lugares y los peligros del camino, gobierna esa horda indisciplinada y mantiene lo mejor que puede la subordinacion entre esos hombres de costumbres independientes. Para hacerse respetar necesita desplegar mucha firmeza y audacia, y á veces debe emplear la violencia para imponer silencio á un rebelde.

La caravana que tomaba posicion aquella noche ante la casa de postas, venia de Salta en efecto como se habia dicho, y su capataz era Gil Perez. Este, como un buen general de ejército, no se apeó del caballo hasta que toda su gente se halló acampada por aquellos sitios. Nosotros habíamos vuelto á la sala de los viajeros donde tambien habia entrado la Pepa: sus adornos consistian en un pañuelo de seda de colores vivos, procedente de las fábricas de Lyon, que se habia echado al cuello, y un peine muy alto y bastante ancho, á la moda de Buenos-Aires, que se habia puesto en la cabeza. Este tocado nos pareció mucho menos gracioso

que las dos trenzas que un cuarto de hora ántes flotaban sobre su espalda, pero la viuda no pensaba del mismo modo.

Sin embargo, estas galas inusitadas no eran visiblemente del gusto de Mateo. La llegada del capataz parecia ser para la viuda y su hija un acontecimiento de mucha importancia, y el cordovés se hallaba incomodado con la jóven porque le recibia con aquel esmero.

Gil Perez entró con aire radiante, dejó sobre la mesa un cofrecillo que llevaba bajo el brazo, y dirigiéndose á doña Ventura la dijo:

— Abra Vd., aquí está la llave, abra Vd. y vea.

La viuda obedeció con presteza y sacó del cofrecillo un chal de crespon de China y media docena de zapatos de seda que Perez presentó á la Pepa, y que esta tomó sonrojándose y dando gracias con toda su alma. En tanto que la jóven admiraba estos presentes, Perez regaló á la viuda una de esas preciosas cadenas de oro que se fabrican en el Perú, y luego volviéndose hacia Juanito, que parecia esperar su vez, le dijo:

— Hay algo para tí, busca bajo mi poncho.

El niño levantó el poncho y cogió con avidez un bonito sablecillo que al punto se colgó del talle. En su alegría saltó al cuello del capataz que sin duda habria preferido de su hermana esta expresion de su agradecimiento. Despues de haber derramado de ese modo sus liberalidades sobre toda la familia, Gil Perez entró en conversacion con nosotros. En esos países de costumbres sencillas y fáciles basta encontrarse bajo el mismo techo para ser amigos. Mateo recobró prontamente su buen humor; parecia que estaba en su dignidad no disputar la plaza á un carretero.

Mientras hablábamos con Gil Perez, los boyeros rebotaban alegremente; las cholitas y los postillones de la esquina se habian reunido con ellos para formar uno de esos bailes improvisados que duran por lo regular una parte de la noche. Así descansan las gentes de las pampas de las fatigas del día.

Gil Perez temiendo algun desorden se fué á hacer su ronda acostumbrada, y volvió anunciando que se descubria una gran polvareda hacia el Sudeste. Al oír esto, Juanillo corrió á practicar un reconocimiento, y pocos minutos despues nos trajo la noticia de que llegaban los arrieros de San Juan. La Pepa y su madre cambiaron una mirada rápida; Perez, sin dar la mayor importancia al incidente, se contentó con decir:

— Será el pobrecillo Fernando con su carga de aguardiente.

Ya los arrieros habian hecho alto á poca distancia de la casa y estaban quitando las sillas á sus mulas y disponiendo en círculo por el suelo los arreos flanqueados de dos barriles, carga ordinaria de cada animal. Las mulas cansadas se habian tendido sobre la yerba mordisqueando aquí y acullá, y los hombres alzaron una tiendecilla y encendieron una hoguera.

Algunos que no se habian apeado galopaban á derecha é izquierda para impedir que las mulas rebeldes se alejaran del campo. Su jefe que no se distinguia por el traje de los demás, se habia apeado y se dirigia á la casa de postas. Llevaba sobre los hombros unas grandes alforjas, y andando con paso rápido y de puntillas por causa de sus largas espuelas de acero, llamó á la puerta de doña Ventura.

— ¡Ave María! dijo á media voz.

— Sin pecado concebida, respondió la viuda, y Juanillo abrió.

Gil Perez miró al arriero como un almirante miraria al humilde capitán de un buque de comercio. Este, cortado al encontrar llena la casa y al distinguir rostros desconocidos, sin contar el del capataz que parecia no ser de su agrado, permaneció algunos segundos en pié cerca de la puerta.

— Entra, Fernando, le dijo doña Ventura; ¿te sorprende que mi Pepita esté tan guapa, hijo mio? Es que me han llegado esta noche unos señores... ¿quieres cenar? aun tengo puchero.

— Muchas gracias, señora, respondió Fernando, no quiero nada. Ya sabe Vd. que nunca paso por aquí sin entrar á saludar á Pepita... Y además traigo aquí un barrilito del mejor aguardiente que se ha bebido en San Juan hace muchos años.

— ¿Le traes para la Pepa? preguntó Gil Perez.

— Don Gil, respondió el arriero, cada uno da lo que puede.

Y luego volviéndose hacia la jóven añadió:

— Pepa, cuando eras niña te gustaban mucho las tortas de nuestras montañas, y acordándome de esto te traigo aquí unas cuantas.

Y al hablar así habia sacado de su alforja un barrilito de aguardiente y una docena de pastillitos cual drados con dulce en medio que Juanillo probó con un placer extremo. Enseguida se fué á sentar junto á la Pepa, y miró con altanería al carretero.

— ¿Cuántos animalés tienes? le preguntó este.

— Quince mulas de carga, sin contar las de silla.

— Tantas como carretas tengo yo, prosiguió Perez; muy bien, muy bien... En todo llevas veinte barriles, el cargamento de medio carro de los mios. Pero ¿qué puedes ganar con eso? Triste oficio es el tuyo, hijo mio, y largo tiempo le tendrás que hacer ántes de volverte rico.

— Cuando me canse, repuso Fernando, tomaré otro.

El arriero pronunció estas palabras con un acento singular.

— Fernando es muy animoso, dijo doña Ventura, y saldrá adelante, y luego ya encontrará en su tierra al-

guna guapa muchacha con un buen dote... ¿No es verdad, Fernando?

Por toda respuesta Fernando se bajó la frente su sombrero puntiagudo de ala estrecha; sus ojos pardos brillaban como los de un gato. De repente cogió la guitarra que estaba junto a la Pepa y se puso a rasguear distraído como un hombre que se abandona al curso de sus ideas.

Juanito que estaba delante de él esperó sin duda que cantase alguna alegre canción de las montañas, le empujó el brazo diciendo:

— Fernando, ¿no has visto los hermosos regalos que nos ha traído Gil Perez?

El arriero sin levantar los ojos repitió a media voz esta coplilla:

No estás tan contenta, Juana,
En verme penar por tí;
Que lo que hoy fuere de mí,
Podrá ser de tí mañana.

Y luego de súbito arrojando la guitarra al suelo saltó sobre el estrado, apagó la lámpara que ardía delante de la Virgen, y echó mano a la navaja. Pepa se abrazó a su madre, y al grito que dió Gil Perez se puso en guardia, pero Fernando, pasando a su lado sin mirarle, llegó a la puerta.

— ¡Ah! Pepita, murmuró al salir, me harás hacer alguna calaverada.

Y desapareció rápidamente.

Gil Perez trató de sosegar a las dos señoras y las instó para que se quedaran en la sala, pero doña Ventura muy agitada se retiró inmediatamente con su hija.

— A fé mia, señores, dijo en voz baja Mateo, la función ha sido mas completa de lo que yo esperaba. Creí que íbamos a presenciar un sainete y hemos tenido casi una tragedia.

Y dicho esto se tendió sobre sus mantas bien decidido a dormir. Mis compañeros hicieron otro tanto, y yo me dirigí hacia nuestro coche-galera donde acostumbraba a pasar las noches. Las hogueras de los arrieros brillaban en lontananza, y los boyeros continuaban delante de las carretas sus danzas y sus cantos. Por el lado del bosque, innumerables bandadas de papagayos lanzaban gritos agudos que no me permitían pegar los ojos. Al despuntar el día, cuando principiaba ya a dormirme, Mateo me vino a despertar; los caballos estaban dispuestos. Ya los arrieros de San Juan desaparecían en el horizonte y Gil Perez con el pie en el estribo daba orden a su gente de romper la marcha.

Al otro día hacíamos nuestra entrada triunfal en Córdoba. Al ruido de nuestro coche-galera que rodaba sobre un empedrado desigual, los habitantes salían a las ventanas y corrían a las puertas. Los postillones armados de sables y navajas tenían un aire tan gallardo cuando galopaban, y los cuatro peones alzaban con tal orgullo la cabeza, que por la noche se repetía en la plaza de Córdoba:

— ¡Han llegado unos ingleses!

Después de haber permanecido algun tiempo en la bonita población de Córdoba, que fué en otro tiempo la Salamanca de las provincias argentinas, nos despedimos de don Mateo para continuar nuestro camino hacia los Andes. Yo a mi vez dejé a mis compañeros en Mendoza y pasé a Chile y luego al Perú. Por último, habiendo regresado a Valparaiso con ánimo de embarcarme para Europa, quise ver de nuevo la capital Santiago de Chile. Es una ciudad grande y hermosa, donde la vida es fácil y agradable. En aquel tiempo se disfrutaba de bastante tranquilidad: soldados a caballo apostados en las esquinas de las calles velaban por la noche para conservar la seguridad a los habitantes. Cuando se cometía un asesinato en los caminos la justicia sabia hallar al culpable, que era severamente castigado: despues de arrasar su casa sembraban sal como para horrar hasta el recuerdo del asesino. Preciso es decir, sin embargo, que las revoluciones se sucedían todavía demasiado a menudo, pero en general el pueblo tomaba en ellas poca parte. La población tranquila é indiferente se derramaba en muchedumbre al caer la tarde por las alamedas limitadas en el horizonte por las cordilleras de los Andes, que alzan sus picos majestuosos cubiertos de nieves eternas.

Por graciosas que sean esas alamedas refrescadas por arroyuelos de aguas bulliciosas y adornadas en muchos sitios de jardines donde el melocotonero florece al lado del almendro, el viajero prefiere el vasto dique elevado para contener las aguas del Mapocho, que llaman el Tajamar. Figúrese el lector un muelle de una milla de largo, formando como una esplanada desde donde se domina un valle estrecho pegado a los Andes y lleno de árboles bajo cuyas copas frondosas se ocultan blancas habitaciones y bonitas huertas. Las soberbias montañas amontonadas unas sobre otras se redondean en lontananza describiendo una curva inmensa. Sus cúspides cortadas en picos agudos parecen escalones gigantescos que marcan otras tantas zonas diferentes; en los mas bajos se distinguen algunas señales de vegetación, pero luego la roca se muestra pelada y por último la vista se pierde sobre los ventisqueros deslumbrantes de blancura que el sol hace resplandecer como diamantes.

Seguía yo una tarde el interminable camino que traza el Tajamar; el sol en el ocaso tenía la cordillera de tantos matices tornasolados como se pueden contar en la garganta del camaleón. Llegado al arrabal de la

ciudad un ruido de voces que cantaban acompañadas de guitarras y de arpas llamó mi atención hacia un jardín donde se notaba mucha gente. Una hermosa palmera, árbol poco comun en esa parte de Chile, ocupaba el centro, y en el fondo detrás de una masa de arbustos, limoneros y granados, se alzaba un teatro iluminado con vasos de colores. Delante de la escena una pareja ejecutaba uno de esos vivos y arrebatados bailes que la raza andaluza llevó de España a América despues de haberlos tomado de los gitanos. Parece que la danza duraba hacia tiempo, pues el bailarín y la bailarina extenuados de cansancio apenas podían sostenerse sobre sus piernas. De repente el hombre puso una rodilla en tierra, echó la cabeza atrás y fijó en la mujer dos ojos encendidos que parecían fascinarla; esta, como vencida por la mirada apasionada del jóven, le tomó la mano para levantarle, y corrió a esconderse entre las mujeres que componían la orquesta.

Este desenlace bien conocido, puesto que es el mismo siempre, no dejó de provocar en la asamblea una explosión de murmullos lisonjeros. Los espectadores se componían de chileños con su sombrero puntiagudo y su poncho azul rayado de bandas amarillas, y de arrieros de rostro curtido y de cabellos aplastados, en los que el tipo español se descubre con mas dificultad que el tipo indio. También se veían algunos vendedores de los arrabales, meloneros y aguadores; sociedad poco selecta por cierto, pero muy sencilla y muy franca y que no fijaba en mí su atención a pesar de la curiosidad con que observaba yo cada uno de sus grupos. Había allí mesas de refrescos, y en el momento en que los bailarines salieron de nuevo a la escena, yo me senté cerca del teatro y pedí un vaso de naranja.

— Caballero, me dijo bruscamente un jóven con acento cortado y breve, póngase Vd. un poco de lado, que su capa me impide ver a la bailarina, ¡qué diablo!

— Aquí parece que hay como en la Opera aficionados que no quieren perder ni un paso ni una nota, pensé yo volviéndome a ver la cara al dilettanti. Pero ¡qué sorpresa! era don Mateo. Me pareció un poco cambiado: sus vestidos habian sufrido una alteración sensible; sin embargo, era en efecto el jóven cordovés que aplaudió tan contento las canciones de Pepita.

— Don Mateo, le dije tendiéndole la mano, confesaré Vd. que si esa mujer baila con gracia, hay en la provincia de Córdoba jóvenes que cantan a las mil maravillas, como por ejemplo, la hija de doña Ventura.

— ¡Pepita! repuso el jóven; ¿conoce Vd. a Pepita? ¿quién es Vd., caballero?... ¡Ah!... ya caigo... Vd. es don... los nombres franceses son tan difíciles de pronunciar... ¿Y por qué casualidad se halla Vd. aquí?

— Por la casualidad de los viajes que ha querido volver a Chile antes de embarcarme; pero Vd. que limitaba sus correrías a las pampas desde Buenos-Aires a Córdoba, ¿cómo se encuentra Vd. conmigo de esta parte de los Andes?

— No es por mi gusto, dijo Mateo meneando la cabeza... Estoy aquí desterrado, refugiado, proscrito. Le sorprendé a Vd. hallar en medio de una muchedumbre alegre, que ríe y se divierte, a un hombre diablo que no tiene ya patria ni asilo, ¿no es verdad? ¿Qué quiere Vd., amigo mio! Me gustan con pasión las bellas-artistas, y en esta alegría popular olvido algunos instantes mis infortunios... Permitame Vd. que envíe un vaso de refresco a la bailarina; ¿no es verdad que baila divinamente? No estoy muy sobrado, pero en fin siempre encontraré en mi bolsillo una peseta para premiar el talento.

Al acabar estas palabras mandó echar un vaso de limon helado que un mozo llevó a la bailarina. Esta al recibir el obsequio echó una ojeada en torno suyo para descubrir a quien se le debía; Mateo respondió con un ademán galante a la mirada interrogativa de la jóven que le saludó cortesmente, y volvió a llevar a su boca el cigarrillo que acababa de prestar un instante a su vecina.

— En los grandes teatros de Vds., me dijo Mateo tomándome del brazo para sacarme fuera del jardín, se arrojan a los artistas preferidos ramilletes y versos, que los agradecen poco; nosotros nos contentamos en estas humildes reuniones de canto y de baile con ese simple vaso de refresco que les llena de alegría... Es pura urbanidad sin consecuencia alguna.

Al salir del jardín nos dirigimos hacia el Tajamar. La noche estaba silenciosa y serena: oíamos a nuestros piés el murmullo de las aguas del río, y sobre la oscuridad del cielo distinguimos las cúspides de la cordillera que conservaban aun cierto brillo luminoso.

— Vea Vd., exclamó Mateo apoyándose de codos sobre el pretil, vea Vd. cuán grande es la barrera que se alza hoy entre mi país y mi persona: sesenta leguas de montañas, de precipicios y de nieve... ¡y un decreto de proscrición! Una de esas revoluciones que estallan como la tempestad ha venido a transformar nuestra apacible ciudad de Córdoba... El partido a que yo pertenecía ha sucumbido en la lucha, nuestro patrimonio apenas ha bastado para pagar las multas que nos impuso el vencedor, y yo me doy por muy contento con haber salvado mi cabeza. ¿Se acuerda Vd. de aquella noche que pasamos juntos en la esquina? Pues bien, de todos aquellos que se encontraban reunidos bajo el techo hospitalario de doña Ventura, contándola a ella y a su hija, ¿sabe Vd. cuántos quedan en vida? Dos personas, Vd. y yo. La primera escena pasó delante de Vd. en la casa de postas donde cenamos tan alegre-

mente cuando llegaron las carretas de Gil Perez de Salta. Al contar a Vd. las que siguieron se hallará Vd. con personajes conocidos.

II.

— Se acuerda Vd. bien de la casa de doña Ventura, dijo Mateo principiando su narración, y de aquel Fernando...

— ¿El arriero de las grandes espuelas que vino a interrumpir nuestra comida?...

— El mismo... Fernando recordará Vd. que prosiguió su camino muy de mañana con sus mulas, una hora antes de que salieran las carretas de Gil Perez. Aunque llevaban el mismo camino esos dos hombres no debían volverse a encontrar antes de llegar a Buenos-Aires. Las mulas de Fernando trotaban con presteza por las grandes llanuras y atravesaban con dificultad los arroyuelos, en tanto que los bueyes de Perez, uncidos a carretas macizas, andaban sin dificultad por un camino malo. Hacia, pues, cuatro días que Fernando había llegado al término de su viaje, cuando los boyeros tendidos sobre lo mas alto de las carretas desde donde azuzaban a los bueyes descubrieron las torres de Buenos Aires y las anchas aguas del Plata. Perez llevaba su convoy a la falda de la colina del Retiro a su sitio acostumbrado. Había allí cinco ó seis caravanas de carretas que habían llegado de las provincias del Oeste y del Norte de la República argentina: el total de su gente formaba una cuadrilla de sesenta a ochenta boyeros que descansaban como marineros cuyo buque duerme sobre sus anclas. Los unos tendidos sobre la yerba cantaban a media voz alegres coplas, y se entregaban filosóficamente a las dulzuras del *far niente*; otros abrían con sus largas navajas sandías tan grandes como barriles: algunos jugadores apasionados sentados sobre las cabezas de los bueyes, comprometían de un golpe sobre una carta el salario de muchos meses.

Cuando se presentaron los de Salta con sus carretas todos aquellos *gauchos* lanzaron gritos estrepitosos para celebrar la llegada de los recién venidos, y los que contaban algunos amigos entre ellos se fueron a darles un apretón de manos. Gil Perez despues de haber dirigido sus bueyes hacia los prados donde debían descansar hasta emprender el nuevo viaje, echó su caballo al galope para anunciar a sus consignatarios que el cargamento había llegado al puesto sin novedad.

En cuanto se marchó se formaron corros en torno de las hogueras encendidas por su gente. Hacia pocos días que se había esparcido la noticia entre esa raza vagabunda é insubordinada de los gauchos, de que habían tenido lugar algunos trastornos en las provincias del interior, y deseaban preguntar a los viajeros que acababan de atravesar las pampas. En el rumor había algo de verdad, y muchos boyeros tuvieron la idea de abandonar las carretas para montar a caballo y reunirse con las bandas armadas. Galopar en toda libertad por llanuras sin fin, saquear los caseríos aislados, atacar las aldeas, tal era la agradable perspectiva que se abría a su imaginación.

Mientras hablaban de los sucesos que pasaban en tierra adentro acertó a pasar Fernando; venía a pié, pero venía arrastrando de sus tacones sus enormes espuelas de acero que le incomodaban en su marcha. Habriase dicho un águila herida en su vuelo por un cazador, y que no puede echar a correr porque sus plumas se lo impiden.

— Calla, exclamaron los boyeros, ahí está el arriero, el aguardentero de San Juan. Fernando, ¿quieres enviarnos un barril y brindaremos a tu salud?

— Mas vale que me deis de comer vosotros, respondió el arriero, estoy en ayunas desde ayer.

Y cortando una buena tajada de carne en el gran pedazo de vaca que se estaba asando delante de la lumbre, la tomó de una punta con sus dedos, introdujo la otra en su garganta y la tragó de una vez como habria hecho un lazzarone con un puñado de macarrones.

— Muchas gracias, dijo Fernando enjugando su navaja sobre su botá de piel de vaca, esto es otra cosa. Me dejaréis dormir aquí esta noche y me prestaréis una manta, ¿no es verdad, muchachos? Entretanto voy a tenderme por ahí y echaré una siesta.

Y se deslizó entre las dos ruedas de una carreta y se durmió sin que los boyeros se acordaran mas de su persona.

A poco rato volvió Gil Perez y dió a sus hombres la orden de descargar las carretas a la otra mañana muy temprano. Al hacer su ronda distinguió al arriero que roncaba sobre la yerba como un niño en los brazos de su madre.

— Fernando, le dijo despertándole, ¿qué estás haciendo ahí?

— Estoy descansando, respondió este frotándose los ojos: he pasado cuatro días y otras tantas noches jugando a las cartas.

— ¿Y has ganado?

— Al contrario, lo he perdido todo hasta mi cargamento de aguardiente y mis mulas, todo, todo. ¿Quiere Vd. prestarme veinte pesos, Gil Perez?

— ¿Para jugarlos también?

— Puede ser... Mire Vd., yo era un hombre arreglado, nunca jugaba, y por Vd. quizá voy a ser un bandido.

— ¿Cómo dices?

(Se continuará.)

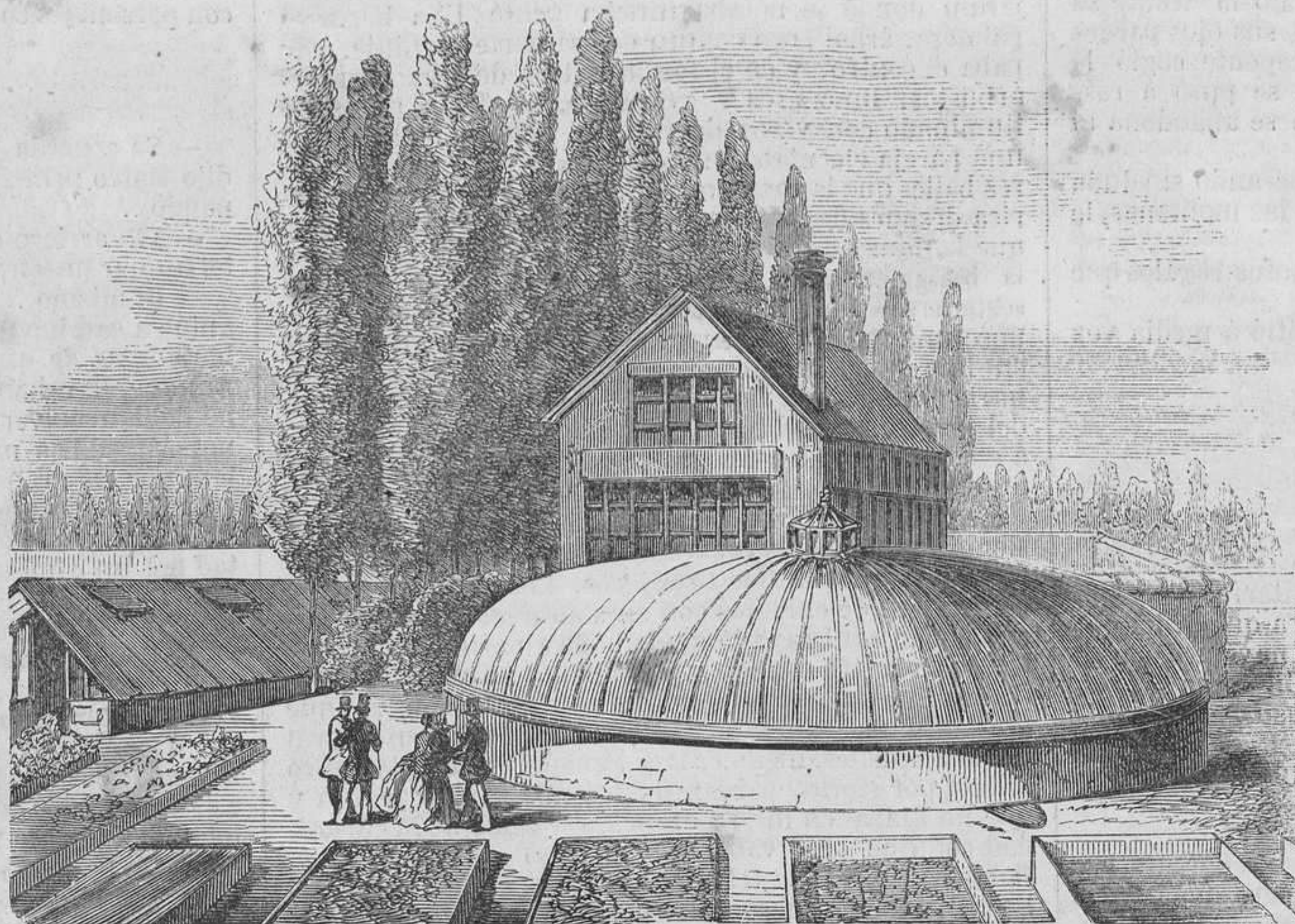
Botánica. — LA NUEVA FLOR LLAMADA VICTORIA-REGIA.

En 1801 el célebre botánico Hæncke descubrió cerca del Amazonas la planta mas soberbia que sea posible imaginar: era sin duda una *ninfæa*, esto es una planta parecida á nuestro nenúfar ó lirio de los estanques; pero sus gigantescas proporciones la daban la apariencia de un sueño. En efecto cada una de sus hojas que flotaban sobre el agua tenia metro y medio de grande y aun habia algunas mayores. Las flores blancas al principio y con un centro color de rosa vivo cuando están bien abiertas, tenían treinta centímetros de diámetro.

Estas plantas cubrían una especie de estanque de mas de un cuarto de legua; M. Hæncke atónito de asombro, cayó de rodillas en el barquichuelo en que bogaba.

Hæncke murió en el curso de sus viajes, y hasta mucho después de su fallecimiento no se pusieron en orden las notas que habia dejado.

En 1819 M. de Bonpland encontró á su vez la *victoria regia* en el Paraguay, y envió algunas semillas de ella á Europa, pero aquí no produjeron resultado al-



Invernáculo especial de la planta *Victoria Regia*, construido en el establecimiento de M. Van-Houtte, en Gante.

guno. Parece ser que la planta de Hæncke y la de Bonpland ofrecen algunas diferencias. Verbigracia, la que vió Bonpland tiene las hojas verdes por ambos lados en tanto que la de Hæncke tiene el lado inferior de las hojas de un color purpurino violado. De aquí resultaron grandes discusiones porque M. de Orbnigny que encontró en 1827 en las fronteras del Paraguay la planta de Bonpland le dió el nombre de *victoria cruziana* y envió el mismo año al museo de Paris un dibujo con flores y hojas secas, en tanto que hasta 1833 no halló la planta de Hæncke, un año después que Poeppig la habia hallado y la habia dado el nombre de *euryale amazonica*, en vez del nombre de *mururu* que le daban los indígenas.

En 1837, sir Roberto Schomburgh explorando la Guyana inglesa envió á Inglaterra un dibujo de la misma planta la de Hæncke, designándola con el nombre de *nymphæa victoria*.

En 1847 M. E. Gray la describió en el *Journal de Botanique* con el de *victoria regina*.

Tres meses después el doctor Lindley publicó los dibujos de sir



Antes de abrirse.



Después de abierta.

Flor de la *Victoria Regia* (diámetro, 30 centímetros.)

Roberto Schomburgh y bautizó la planta con el nombre de *victoria regia*.

M. Gray llevó á mal este cambio.

Sir Hooker pidió que la nueva planta se llamase *victoria reginæ*, por razones de analogía y M. Sowerby, reclamó el nombre de *victoria amazónica* para acercarse al nombre impuesto por Poeppig.

Ya mucho antes M. de Orbnigny habia publicado sus reclamaciones en el *Echo du monde savant*.

Estalló pues, la guerra; corrió mucha tinta, pero la planta no habia llegado á Europa todavía. — En 1837, sir Roberto Schomburgh habia enviado algunos piés que habian muerto en el camino.

En 1846 M. Bridges hizo un viaje solo para buscar semillas y las trajo en un bocal de tierra humedecida. El jardin de Kew compró veinticinco, solo dos crecieron, pero los tallos no tardaron en perecer cuando apenas habian salido.

En 1848 un médico inglés envió plantas que tampoco produjeron buenos resultados.

En 1849 unos ingleses domiciliados en Georges-Town abrieron una suscripción para enviar á sus espensas una expedición de indios que la llevaron treinta y cinco piés de la planta maravillosa; pero los treinta y cinco piés perecieron todos.

Por último, dos médicos, MM. Hugues Rodie y Luckie, enviaron semillas al jardin de Kew. Estas semillas trasportadas en pequeñas redomas de agua pura llegaron el 28 de febrero de 1849. El 23 de marzo siguiente seis

plantas habian salido y se hallaban en buen estado. Una de estas seis plantas transportada y cultivada en Chastworth en casa del señor duque de Devonshire, floreció el 8 de noviembre de 1849.

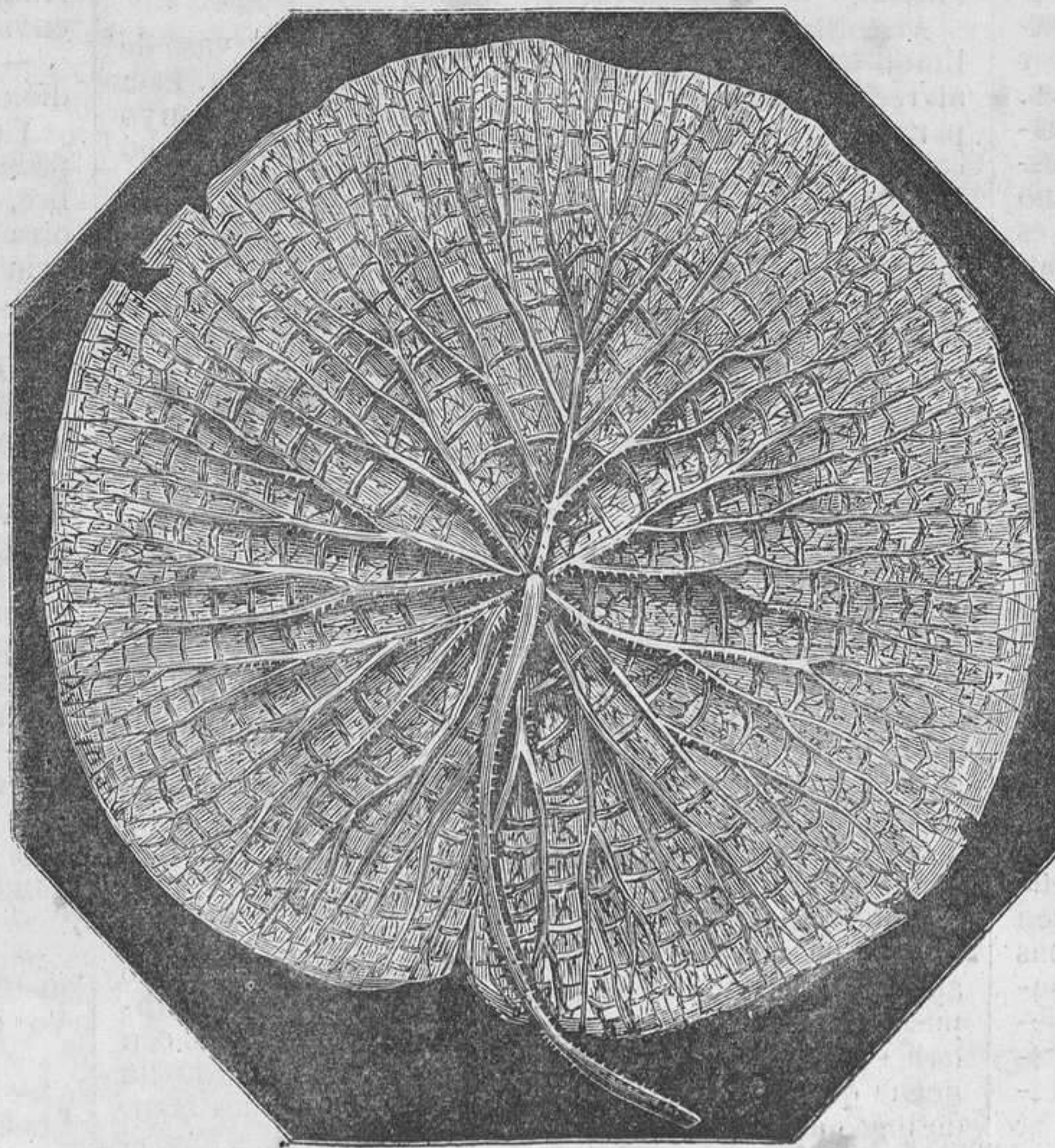
Otra de ellas floreció el 10 de abril de 1850 en casa del señor duque de Northumberland.

Por fin una planta nacida de semilla en Chastworth en febrero de 1850, fué llevada á Gante á los jardines de M. Van-Houtte, célebre horticultor, el 26 de mayo del mismo año, y el 5 de setiembre siguiente se abrió su primera flor.

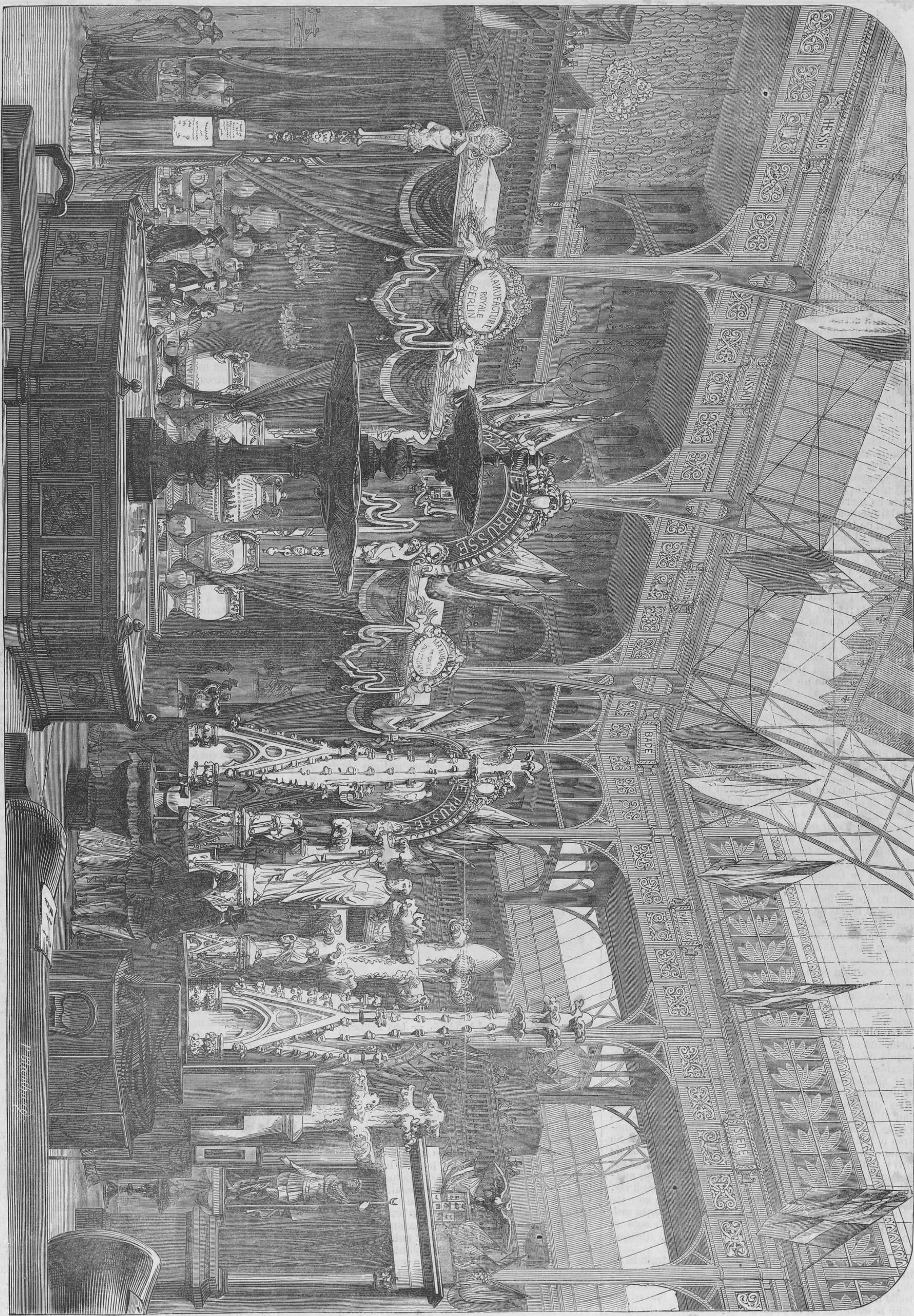
Todo lo que acabo de referir está sacado con bastante trabajo de la historia completa de la *victoria regia* publicada recientemente en la *Flora de los jardines de la Europa*.

Un volumen entero se halla consagrado á la *victoria regia*, conteniendo infinitos detalles sobre la habitacion de cristal que M. Van-Houtte hizo construir para la nueva huésped, sobre el aparato de calentar ese palacio transparente y sobre el cultivo de esa flor preciosa. El invernáculo debe tener una temperatura de 28 grados centígrados que el sol eleva hasta 35 y el agua un calor de 29 á 32 grados centígrados.

Paris deseaba ardientemente poseer esta flor extraordinaria, y por fin su curiosidad ha quedado satisfecha en la Exposición de horticultura, donde los parisienses han podido admirar la *victoria regia* cuyo dibujo damos aquí, con el modelo del invernáculo especial de la planta, construido en el famoso establecimiento de M. Van-Houtte, en Bélgica.



Hoja de la *Victoria Regia* (tamaño, 1 metro 50 centímetros.)



La exposicion prusiana en el Palacio de la Industria.

P. Hirschmann

LA PRUSIANA EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA.

No es nuestro ánimo profundizar aquí un asunto de suyo tan extenso cual es el de la exposición prusiana, y esto por la razón de que en la serie de artículos que venimos publicando sobre el concurso universal de 1835, la revista y la apreciación de los productos de ese país llegar á su debido tiempo: hoy nos contentaremos pues con indicar en globo cuales son sus principales ramos industriales, y cuales los objetos que llaman principalmente la atención de los conocedores, para la mejor comprensión de la lámina adjunta.

Aunque no todos los fabricantes prusianos han tomado parte en la lucha, sin embargo, con lo presentado hay bastante para juzgar de los medios productivos de la Prusia. Los ramos mas importantes son la manufactura de paños y lienzos, las fundiciones de hierro y de acero, la explotación de minerales y la construcción de las máquinas. En estos últimos tiempos la fabricación de las telas de lana como felpillas, chales, etc., ha tomado sobre todo en Berlin grandes proporciones. En cuanto á los lienzos cuya fabricación fué en otro tiempo tan importante en Prusia, se ha quedado rezagada en los últimos años, sobre todo con respecto á la fabricación inglesa. La industria de los cáñamos se encuentra actualmente comprendida en la misma transformación que la que se ha operado en la mayor parte de los otros ramos y los establecimientos de Bielefeld y Duren que se hallan todavía en construcción hacen creer que la manufactura de lienzos volverá á conquistar en Prusia la importancia que tuvo en otra época.

El gobierno de Berlin quiso que su exposición se arreglara lujosamente, y para este fin nombró á uno de sus funcionarios mas distinguidos, M. de Viebahn, dándole por segundos arquitectos y empleados de un mérito incontestable. M. Stein trazó los primeros dibujos de la exposición prusiana, y M. Hoffman ejecutó los tres grandes compartimientos, la sala de armas y los escaparates de los libros situados en la galería alta. El arreglo de esta exposición en el palacio de la Industria ha merecido los elogios de todo el mundo. Los compartimientos de proporciones grandiosas se hallan colgados de terciopelo y adornados de cariátidas y de dorados. El primero encierra los productos de la manufactura real de Berlin que ha enviado un surtido completo de jarrones de diferentes tamaños, copas, servicios, etc. Los cinco jarrones grandes tienen pinturas copiadas de los cartones que M. Kaulbach hizo para el adorno del nuevo museo. La ejecución ha sido muy admirada; pero el jurado, lo mismo que el público, ha pensado que la forma de esos jarrones era demasiado conocida y no presentaba bastante variedad. La forma cuadrada de las pinturas sobre un modelo ovalado, ha chocado con el gusto francés. Sin embargo, la manufactura de Berlin tiene un mérito de que carece la de Sevres, y es que no se encierra en una obra inaccesible para las masas, sino que fabrica á precios moderados para la generalidad del público.

La cerámica prusiana nos ha mostrado tambien la importante exposición de barro cocido de MM. Boch y Villeroy. Sobre todo se ha notado una fuente de estilo colosal, de barro cocido, y dos ciervos de la misma materia. Entre los dos compartimientos que contenian el uno los objetos de la manufactura real y el otro los que acabamos de nombrar se veian muestras de la fábrica de espejos de Aquisgran. Esta fábrica fundada con elementos franceses se halla en estado próspero; sus espejos de tercer orden en cuanto á dimension, son excelentes en cuanto á calidad.

Enfrente de los tres compartimientos se elevan piedras esculpidas que servirán para la conclusion de la catedral de Colonia. De un trabajo muy puro pero de dimensiones muy considerables, esas piedras no se hallaban quizás bien colocadas en medio de todas esas riquezas llenas de dorados y cincelados. La catedral de Colonia es sin contradicción uno de los monumentos mas grandiosos del arte gótico, pero hay que ver al ménos partes enteras construidas y no fragmentos salidos de su orden natural. En cambio el altar de madera esculpida de M. Prank, que está junto á esas piedras, es una obra muy notable. Quizás no está esculpido con tanta finura como otros altares que hay en la Exposición, pero es de un estilo mas grave y mas duro.

La obra mas notable de esa parte de la exposición prusiana es la estatua del rey Federico Guillermo III salida de los talleres del Instituto de Artes y Oficios, establecimiento fundado en Berlin hará unos 30 años por Guillermo Beuth, que ha ejercido una influencia considerable en el desarrollo de la industria prusiana. Kiss que dirige los talleres plásticos hizo su modelo por el boceto del escultor Federico Tieck. La estatua cuyas piezas se fundieron en muchos años, tiene 2 metros 6 decímetros de altura y pesa 900 kilogramos. Se halla cincelada con finura é incrustada de adornos de oro y plata. Los gastos del cincelado y de trabajos sobrepuestos se elevaron á mas de 32,000 fr. de los cuales 6,700 se gastaron en la compra de materias finas. Este nuevo ensayo de embellecer el bronce con incrustaciones de ese género ha salido bien y honra mucho al personal del Instituto que ha ejecutado solo el monumento cuyo puesto será la Rotonda del antiguo museo de Berlin.

Otro arquitecto de Berlin M. Diebitsch, ha tratado de introducir el elemento morisco en la arquitectura moderna. En el largo tiempo que ha permanecido en Granada ha estudiado esas formas graciosas y fantásticas que se admiran en la arquitectura árabe. No diremos

que carece de originalidad y de gracia esa jardinera de estilo colosal fundida en zinc y que M. Diebitsch ha adornado con pinturas y dorados, pero si harémos la observación de que los colores se encuentran en esa imitación algo desnaturalizados. Ese grupo prusiano se completa con obras fundidas de zinc y de bronce de los talleres de MM. Geiss y Meleager y con dos columnas de mármol de la cantera de Olpe, en Westfalia.

Detrás de los compartimientos que hemos citado se extiende la vasta sala de armas blancas, corazas, cuchillería y otros objetos de acero. Esta industria es una de las mas importantes de la Prusia. Las dos espadas mas notables de esa exposición han sido compradas la una por el Emperador y la otra por el príncipe Napoleon.

En esa galería se hallan tambien los productos de las tres principales fundiciones de hierro de la Prusia. La de Isenburg ha expuesto un monumento fúnebre cuya pureza ha sido admirada y muchos objetos pequeños de una finura increíble. La de Lauchhammer ha enviado un Crucifijo copiado de Ritschel, una chimenea con un espejo con marco de hierro colado y animales en miniatura modelados por Hænel, segun los originales del Jardín zoológico de Londres. Esa fundición es un verdadero instituto de arte y de ella han salido las principales obras de Kiss. Por último, la fundición real ha expuesto una hermosa columna con incrustaciones de plata.

Cuatro palabras nada mas de la platería y bisutería prusiana; MM. Vollgold é hijo han enviado la célebre mesa conmemorativa fabricada toda de plata segun el procedimiento galvanoplástico. Esta mesa fué regalada al príncipe de Prusia con motivo del vigésimo quinto aniversario de su matrimonio y es sin duda la pieza mas considerable de la platería prusiana. MM. Friedberg hijos han enviado un hermoso surtido de joyería que se acerca mucho al gusto francés. Sobre todo hemos admirado un jarrón adornado de hojas de párra, una bandeja cincelada representando la vista del palacio de la Industria, la caja de las órdenes del príncipe de Prusia, y aderezos de diamantes, esmeraldas y ópalo del mejor gusto. M. Sy y Wagner se distinguen por sus fabricaciones de plaqué, por sus hermosas obras de cincelado y por un precioso modelo de la amazona de Kiss, todo de plata y con dorados. Esta sala, una de las mas interesantes de la exposición prusiana, contiene otra porción de objetos que nos sería imposible enumerar: nos limitaremos, pues, á citar las obras de lacá de M. Stobwasser, las hermosas exposiciones de productos de ámbar, y las arañas de bronce y de cristal de colores de las dos casas Spinn y Heckert.

Importábanos sobre todo dar aquí una idea general de la industria prusiana, y de esa parte de su exposición que se agrupa en torno de los trofeos principales expuestos en la nave. Las galerías laterales y el anexo encierran productos muy notables. En la galería superior hemos admirado las sederías de M. Diergardt, cuyo establecimiento es el mas considerable de ese género en Prusia. La casa Lehmann de Berlin ha llamado la atención con su magnífico surtido de telas de lana, que pueden rivalizar con las mejores de Inglaterra. M. Kaufmann, cuya fama es mas antigua, brilla sobre todo por sus felpillas y otras telas de doble cara, y por sus terciopelos de Utrecht, que son de una calidad superior. En el anexo se han admirado los aceros fundidos de M. Krupp; hay allí un pedazo de acero de 3,000 kilogramos. El ingeniero Elsner, de Berlin, ha expuesto unos aparatos de calentar por medio del gas, que han sido objeto de un exámen en el Conservatorio de Artes y Oficios, y los experimentos han salido tan bien que es probable se establezca pronto en Paris una fábrica de esos aparatos. D. B.

Exposición Universal de la Industria.

XII.

(Véanse los números 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150 y 151.)

LAS GALERÍAS FRANCESAS. — EL PISO BAJO. — ÚLTIMA OJEADA Á LA NAVE. — LOS ESPEJOS.

A medida que se adelanta en el estudio del palacio de la Industria se conoce mas y mas que á los atractivos que lisonjean la curiosidad pública excitada por tantas maravillas, se une esa satisfacción mas seria que nace de la reflexión donde quiera que el espíritu encuentra un alimento siempre nuevo. Si puede decirse que de todos los espectáculos que se nos ofrecen como libros, los mejores son aquellos que mas dan que pensar, la Exposición Universal es bajo este punto de vista una escena excepcional de todo punto.

En efecto, el espíritu no podría limitarse aquí á la simple contemplación de los objetos expuestos, y por eso se lanza en el espacio y resulta entonces que el cuadro mas curioso no es el que se halla patente dentro del edificio. Se complace uno en abrazar el dominio de la industria en toda su extensión; en representarse los pueblos fabriles con su población trabajadora, los grandes talleres con sus gigantes é incansables aparatos; se sigue el trabajo en sus diversas operaciones, transformando la materia como á beneficio de una varilla encantada y se interroga uno, en fin, sobre las consecuencias del inmenso movimiento industrial que caracteriza á nuestro siglo.

En las galerías donde vamos á entrar, enfrente de esas industrias francesas verdaderamente manufactureras, de esas industrias que reposan sobre capitales incalculables y en las que se hallan interesadas millones de existencias, sentimos mas embargado el ánimo que en la nave, sobre las cuestiones de porvenir. Seguramente no vienen á mezclarse con nuestros estudios especiales, con nuestras apreciaciones técnicas para ser discutidas directamente, pero no por eso subsisten ménos en el fondo de las cosas. Al admirar las obras donde se reasumen fuerzas tan múltiples, facultades tan distintas, combinaciones tan contrarias, se pregunta uno siempre al fin y al cabo qué bien resulta para el hombre en el orden moral como en el material de la producción de todas esas obras maestras del trabajo.

Pero hé aquí que en el momento de dejar la nave para penetrar en las galerías del piso bajo, nos asalta un escrúpulo; tememos haber omitido en el salón algun elemento útil de señalar, tememos no haber indicado algunos cambios que se produjeron despues de abierto al público el palacio. ¿Bastaba verbigracia, en mencionar la presencia de un espejo de Saint-Gobain? La industria de los espejos representada tambien la nave por una pieza belga ¿no reclamaba algunas explicaciones desde luego? Lo confieso: una fabricación que contribuye en tan alto grado á embellecer nuestras habitaciones y cuyos productos están sin cesar á nuestros ojos, una fabricación que supone tanta ciencia, tanto arte, y que en Francia ha llegado hoy á una perfección incomparable, tendria derecho para quejarse de nosotros si pasáramos con rapidez delante de ella.

La perfección de los espejos franceses es un objeto de envidia en el extranjero, y por esto cuando el concurso universal de 1834, hubo pocas cuestiones que agitasen mas profundamente al jurado que la de los espejos. Si los debates apasionados que resonaron hasta fuera no produjeron actos de completa justicia, en cambio no dejaron la mejor duda sobre la superioridad de los productos franceses. Claramente establecida en el informe francés de M. Peligot, esta superioridad quedó reconocida igualmente cuanto podia serlo por el relator inglés lord de Mauley.

En todas las exposiciones francesas desde 1806, los espejos obtuvieron con los elogios del jurado la justa admiración del público. Ningun objeto de ese género figuraba en las exposiciones de 1798, 1804 y 1802. Esta fabricación ligada como tantas otras innovaciones industriales á la política de Colbert, fué tomada del suelo veneciano, pero en breve quedó naturalizada en Francia por Abraham Thevart que la transformó con su descubrimiento de vaciar la materia en fusión en vez de soplarla como se hace con el vidrio destinado á otro uso. Desde esta invención la industria de los espejos se dividió en dos ramos, el de los espejos fabricados por el antiguo sistema, y el de los que lo eran por el nuevo. En tanto que los últimos llegaban como vamos á ver á dimensiones colosales, los otros apenas podian pasar de 1 metro 20, á 1 metro 25 centímetros. Su límite se encuentra en la fuerza misma del hombre que debe levantar y soplar la materia en tanto que el cristal es susceptible de extenderse, sin contar que con este método la fabricación es infinitamente ménos perfecta.

Despues de haber estado bastante floreciente al ménos por intervalos, desde fines del siglo XVII, la hermosa industria de los espejos cayó durante la revolución en un letargo completo. Bajo el Imperio dió muestras de vida, y en los pabellones construidos en la esplanada de los Inválidos para la Exposición de 1806 se vió un espejo que fué muy admirado y que provenia de una manufactura situada en Paris en el arrabal de Saint Antoine. Esta fábrica no era mas que una dependencia del establecimiento de Saint-Gobain en Picardía, donde hacia mas de un siglo trabajaba la principal fábrica francesa en el viejo castillo del poeta guerrero y caballeresco Raul de Coucy. El taller de Paris, cuyo papel se limitó á algunas operaciones especiales, concluyó por reunirse con la fábrica principal. La pieza expuesta en 1806 tenia 3 metros 08 sobre 1 metro 62 centímetros.

Por esa época una antigua cristalería principió á entrar en concurrencia con la compañía de Saint-Gobain, y esta concurrencia que ha durado unos veinticinco años no ha dejado de influir en los últimos perfeccionamientos realizados en la fabricación. Quiero hablar de la cristalería de Saint-Quirin, que despues de haber soplado los espejos principió á vaciarlos y fundó un taller especial para ese género de operaciones, en Cirey. En 1830, un acuerdo sobre los precios vino á poner fin á la rivalidad existente; las dos compañías no tuvieron mas que una tarifa ni mas que un depósito en Paris, y el convenio celebrado subsiste todavia.

La industria de los espejos vaciados, aun despues que ha dejado de disfrutar privilegios positivos, como antes de 1789, se ha hallado siempre concentrada en Francia entre un corto número de brazos, y esto se explica por la suma de capitales que exige, y tambien por la circunstancia de que toda fábrica de este género está obligada á sufrir un largo noviciado por la misma naturaleza de las cosas. No se improvisa una fábrica de espejos como otra manufactura cualquiera, y además es imposible alcanzar enseguida resultados completamente satisfactorios en un establecimiento nuevo, pues el material necesita experimentarse lo mismo que los hombres; los crisoles y los hornos nuevos no valen tanto como los crisoles y los hornos que sirven hace años. A pesar de estas dificultades lograron

fundarse una ó dos fábricas pero fueron compradas y suprimidas por los dos establecimientos poderosos de Saint-Gobain y de Cirey.

Sin embargo, en las galerías del primer piso hallaremos los productos de un taller creado hace algunos años en Montluçon que figuró ya en Londres en 1831. Sus capitales son bastante considerables, su fabricación bastante extensa para que ya no pueda decirse hoy que Saint-Gobain y Cirey monopolizan exclusivamente el mercado francés. La concurrencia es por el contrario muy formal: ya ha producido efectos significativos en los precios, que ántes hizo bajar también aunque en menor escala, una fábrica establecida fuera de las fronteras francesas. No es decir que puedan hacerse aun en Montluçon espejos tan grandes y al mismo tiempo tan perfectos como en las dos antiguas manufacturas, pero las obras de aquella fábrica poseen calidades esenciales que el comercio aprecia debidamente.

El espejo expuesto por Saint-Gobain es la pieza mayor que el público ha podido ver nunca. Sí, es la mayor, pues tiene 78 centímetros mas que la luna que la compañía inglesa llamada *Compañía del Támesis* tenía en Londres en Hyde Park y sobre la cual se leía esta inscripción un poco retumbante, pero verdadera entonces: *el espejo mas grande del mundo*. Este espejo tenía según el informe del jurado francés 17 metros 26 centímetros de superficie. El espejo de Saint-Gobain tiene 18 metros 04 centímetros.

No comparo yo aquí estas piezas sino en lo tocante á su tamaño; Dios me guarde de establecer entre ellas otra comparación. El espejo inglés era muy defectuoso, y esto podía notarse sin mas que tener ojos en la cara. En este género de productos, los ingleses buscan mas bien la baratura que la perfección.

En la Exposición francesa de 1834, el público admiraba dos lunas muy grandes aunque notablemente inferiores en magnitud al espejo de este año. La una venía de Saint-Gobain y presentaba una superficie total de 10 metros 43 centímetros; la otra enviada por Saint-Quirin y Cirey tenía 10 metros 76 centímetros de superficie. El espejo belga colocado este año en la nave procedente de los talleres de Floreffe, cerca de Namur, no tiene una inscripción como el de Saint-Gobain, que indique sus dimensiones. Nos han dicho que su altura es de 5 metr. 38 centimetr., sobre 2 metr. 80 centimetr. lo que da una superficie de 13 metros 6 centímetros.

El tamaño de un espejo atestigüa sin ninguna duda que se han sabido vencer en su fabricación dificultades positivas, pero no aplaudamos con demasiado furor un resultado semejante, pues acusa mas una abundancia de dinero que de arte propiamente hablando. Que los capitales permitan á las fábricas el tener grandes mesas que cuestan muy caras porque son de bronce ó de hierro colado muy grueso, grandes vasijas y hornos inmensos, que permitan sobre todo multiplicar las pruebas y hacer de nuevo las piezas que salieron mal, y se consigue ciertamente la fabricación de piezas gigantescas. El espejo de la compañía del Támesis en Londres quizá salió mal veinte veces, lo que representa acaso un gasto de mas de diez mil pesos.

El tamaño no constituye la hermosura de una obra semejante, y sino ahí está el espejo expuesto por la compañía belga de Floreffe, que no tiene quizá otro mérito que el de ser grande. Es verdad que por otra parte, sería injusto no tener en cuenta la situación de esa fábrica, fundada hace poco tiempo. Aunque se halla dirigida por hombres hábiles y experimentados, necesita que su material se ponga un poco viejo; debe pecar por el estado de sus crisoles y de sus hornos. Este año ha mostrado de lo que es capaz relativamente á la extensión de las piezas, ya es algo, y no dudamos que llegará á una fabricación exenta de los defectos graves que desgraciadamente alteran la pureza de la obra actual. Cuando hablamos de los trofeos del Zollverein, señalamos un espejo de Aquisgran y bien que la fábrica de donde sale sea de fundación reciente (1º de noviembre de 1833) debemos decir en justicia que sin ser perfecto, no ofrece ninguna falta esencial. Su color azulado no es un defecto de fabricación sino un vicio de composición.

La experiencia consumada de Saint-Gobain está demanifiesto en su grande obra de la nave. ¡Qué pureza! ¡Qué transparencia! Composición y fabricación son igualmente perfectas: es preciso el ojo de un hombre del oficio para descubrir las dos ó tres manchitas que tiene, casi todas insignificantes. Cuando se trata de piezas tan grandes como es preciso dar al vidrio un grueso crecido á fin de que no se incline sobre sí mismo, se corre el peligro de que se deslicen en algun punto globulillos interiores; pero estos globulillos que, por otra parte, no perjudican á la fidelidad general del espejo, son muy raros en la obra de Saint-Gobain; y en cambio se halla completamente exenta de esos hilillos llamados *stries* que ocasionando reflexiones divergentes, impiden que las imágenes se reflejen con toda exactitud.

Los procedimientos del fabricante de espejos, considerados en sus rasgos generales, no son muy complicados ni difíciles de aprender. Sin salir del palacio de la Industria y entre las piezas de la nave se puede figurar cualquiera fácilmente esa fabricación en todos sus detalles. Divídese en cuatro grandes operaciones, á saber: liquidar la materia; extenderla encendida sobre las mesas de metal; llevar los espejos al horno y someterlos despues al pulimento. Ahora añadiremos, si se quiere, el azogado; pero ántes de esta operación el cristal recibe ya el nombre de *espejo sin azogar*, aunque en realidad no lo sea todavía. El pulimento ó bru-

ñido que se fracciona en varios ramos de trabajo, se ejecuta en el día con máquinas. Si es cierto que se observan las mismas reglas en todas las fábricas, es de advertir sin embargo que ciertos procedimientos que facilitan la aplicación de ellas, son propiedad y constituyen el secreto, digámoslo así, de los establecimientos modelos.

Uno de los principales méritos de un espejo consiste en no tener color á fin de que no comunique ninguno á los objetos que refleja. Solo así se consigue la fidelidad de la reproducción. Los famosos espejos de Venecia no llevaban esta condición, pues eran de un matiz violado, ó mas bien rosado, por lo cual prestaban al cútis un tono agradable. Esta particularidad fué una de las causas de su fama. Que esto en el fondo era un defecto, es cosa evidente, pero aunque voluntario, este defecto impedía que los objetos se reprodujeran con verdad.

En las regiones de la Alemania donde se fabrican mas los espejos comunes, la primera materia tiene á veces un tono verdoso que léjos de agradar como el de las lunas de Venecia, produce por el contrario un mal efecto. Para atenuar este inconveniente se reduce en extremo el grueso de los espejos. La Francia compra todavía en esos países cierta cantidad de lunas, sobre todo las que se emplean en la tabletería, pues como las fábricas no tienen el mismo motivo para consagrarse á ese género de trabajo, no producen cristales tan delgados. Todo el que se mira en esos espejitos encuentra su imagen teñida con un color verde poco lisonjero: esto proviene como en el espejo de Aquisgran, de la mala calidad de la materia empleada.

La exactitud de los espejos se altera también y mas profundamente por otro vicio que quiero señalar á mis lectores para que puedan reconocerle á la simple vista. Este defecto consiste en la ausencia de planimetría, esto es, de igualdad en la superficie del vidrio. Sin esta igualdad no hay espejo, pues la reflexión no puede ser justa: todas las imágenes aparecen desfiguradas y este vacío es mas ó menos chocante, según la superficie del cristal se encuentra mas ó menos desigual, mas ó menos ondulada.

Para conocer la calidad de un espejo bajo ese punto de vista, no hay mas que mirarle de frente á una distancia de 25 á 30 pasos; si falta la planimetría las líneas representadas serán oblicuas. Colocando uno enfrente de otro dos espejos con ese mismo defecto, la repetición de los objetos se opera en ellos del modo mas defectuoso, como si los objetos estuvieran en pedazos: la línea derecha no se halla en ninguna parte en la reflexión recíproca.

Los aparatos mecánicos que se emplean para el bruñido han sido el principio de un progreso positivo. La máquina de M. Carillon, ante la cual nos detendremos en el anexo, tiene mucha fama; con esos aparatos se ha podido obtener un grueso mas uniforme, una planimetría mas constante, y por consiguiente una reflexión mas exacta. No necesito añadir que esa condición es tanto mas difícil de realizar cuanto mayor es la pieza fabricada; pasando de ciertas dimensiones puede tenerse por irrealizable una planimetría completamente satisfactoria.

El sistema de Thevart de vaciar los espejos, no ha hecho desaparecer el anterior que consiste en soplarlos. Este método se halla practicado no solo en diferentes países extranjeros, sobre todo en Alemania en competencia con el nuevo sistema, sino que en Francia también existen muchas fábricas donde todavía se sopla la materia. Los espejos pequeños se hacen así generalmente, aunque no siempre, pues cuando sale mal una pieza grande queda el recurso de dividirla en fragmentos y darla así á la venta.

Ya encontraremos espejos sopladados en las galerías francesas; un fabricante francés que ha hecho grandes servicios á la industria cristalera, y cuyas vidrieras gozan de una reputación excepcional, por su ventaja de ser inalterables, M. Patoux ha expuesto varios espejos fabricados según el antiguo sistema. Su establecimiento situado en Aniche (Norte) merece particular mención, tanto por su organización interior digna de ser tomada por modelo, como por la masa de sus exportaciones. El jurado de 1839 habló ya en los términos mas lisonjeros y merecidos de este afamado industrial. Si mencionamos ahora los espejos que ha enviado á la Exposición Universal, es para poder decir que todo el que carece de conocimientos especiales en el ramo, no podría distinguir un espejo vaciado de otro soplado. Para esto se necesita el ojo de un hombre del oficio; las manchas son generalmente mas numerosas y presentan una forma larga en las lunas fabricadas por el antiguo método.

Dos palabras mas sobre la cantidad de espejos de todas clases fabricados por los establecimientos franceses. Esta cantidad se calculó cuando la Exposición de Londres, en un número que nos parece inferior á la realidad. Por informes auténticos, cuidadosamente recogidos, podemos asegurar que la fabricación francesa asciende á unos 150,000 metros cuadrados por año. En el salon bajo del palacio de la Industria tenemos un medio sencillo y pintoresco de representarnos la extensión en esa enorme cantidad de cristal para espejos. Como la nave propiamente dicha presenta una superficie de 9,216 metros cuadrados, podemos decir que las que salen anualmente de las fábricas francesas, cubrirían quince ó diez y seis veces ese salon inmenso. En la cifra total los espejos sopladados entran apenas por 20,000 metros: esta fabricación se conserva, gracias á una diferencia de 20 á 25 %, en los precios.

Todos estos detalles eran precisos para quedar corrientes con la industria de los espejos. Además, como no queremos padecer ningún olvido con respecto á la nave, diremos también que en esa parte de la Exposición hácia la extremidad occidental del crucero, se ve un grupo de máquinas en tamaño reducido, cuyo examen es sobremanera interesante. Se han tomado de las curiosas colecciones del Conservatorio de artes y oficios. Nótese allí principalmente una máquina de taladrar, de comprimir el hierro batido y de poner ribetes inventada por M. Lemaître; una garrucha de M. Cavé y los dinamómetros debidos al general A. Morin, etc. Los dinamómetros del general Morin trazando ellos mismos sus indicaciones, permiten averiguar á cada instante la fuerza de una máquina en movimiento, y cuando se trata de hacer andar un mecanismo, la fuerza necesaria para ponerle en acción. En un escaparate próximo encuentro un modelo de locomotora de M. Jorge Laudet que será conveniente señalar. Según las indicaciones del constructor esa máquina produciría una fuerza como tres veces superior á la de la locomotora mas poderosa de las que hoy existen.

Nuestras observaciones sobre el arreglo y disposición de ciertos pabellones han sido oídas: hoy, el escaparate de M. Bapst y el de M. Audot ofrecen un conjunto completo de todas las industrias llamadas *parisienses*, perfectamente agrupadas. Ya no hay ningún vacío posible, ningún sitio mal ocupado. El aspecto ya tan satisfactorio del pabellón de la ebanistería de arte, arreglado por M. Taban, se ha mejorado aun, gracias á la introducción que se ha hecho en él de un cierto número de pequeños objetos de fantasía de madera esculpida que no dejan hueco en parte alguna. Cerca de esta exposición notamos también que los estantes de M. Barbedienne se han enriquecido con varios artículos que llevan siempre un sello de distinción inimitable. Las arañas colgadas nuevamente bajo el baldaquino de esa exposición producen el mejor efecto.

Apresurémonos á pasar el lugar que nos separa de las galerías francesas del piso bajo; salgamos sin mirar atrás, temiendo sufrir la tentación de disminuir la rapidez de nuestra marcha. Ahora que hemos estudiado ya las maravillas de la nave, vamos á entrar en el dominio de una industria cuyos variados elementos ofrecerán interés en su reunión, la industria de las lanas.

La caza de las cercetas.

El origen de las cercetas ha sido durante largo tiempo un misterio para los naturalistas, y de aquí una porción de cuentos absurdos y de asertos maravillosos que atrevidamente sembraron en sus escritos para llenar los vacíos de su ciencia. En efecto, ántes de que se hubiera pensado en las altas tierras de Groenlandia donde anidan y crían esas aves, no se pudo llegar á conocer su modo de reproducción bien que todos los años las viesen reunirse á la aproximación del invierno por bandadas innumerables sobre las costas de Escocia, de Inglaterra y de Francia.

Los ornitólogos habían practicado vanas investigaciones para descubrir sus huevos ó sus nidos; habían disecado cercetas hembras sin hallar en sus entrañas ningún germen de generación. En vez de confesar su ignorancia pusieron al volátil fuera de la ley de la naturaleza, y dieron á su origen mil causas supersticiosas.

Los unos, como Beotius, Scaliger y Bartholin pretendieron que la cerceta salía de una concha muy comun en los mares del Norte, y conocida de los naturalistas con el nombre de concha anátifera; su forma es la de una seta; se agarra á la quilla de los buques, á los pedazos de madera podrida que flotan en la mar, sobre todo cuando son de abeto. Bertholin afirma con mucha seriedad que ha visto en Nápoles un ave parecido á un pato en una de esas conchas, y Scaliger cuenta que se presentó una de ellas á Francisco I.

Otros hombres doctos como Fulgose, duque de Génova, el cardenal Jacobus, Vicente de Beauvais y el P. Briete, son de opinión que existe en las Orcades un árbol milagroso, cuyo fruto tiene la forma de un pato, y que ese fruto llegado á la madurez se suelta de la rama y se vuelve pez si cae en el agua y ave si cae en la tierra. Antonio de Torquemada observa con mucho acierto que ese árbol sorprendente no debe ser el solo de su especie, en atención al crecido número de cercetas que hay en el mundo. Hector Beotius que escribía á fines del siglo XV dice que vió serrar una pieza de madera sacada del mar y que en ella se encontraron una multitud de gusanos, algunos de ellos cubiertos de plumas, de donde deduce que la cerceta sale de ese gusano. Kircherus es el que mas concesiones ha hecho á la naturaleza y á la verosimilitud. Admite, si, que esas aves depositan sus huevos en playas muy avanzadas en el Norte, pero añade que esos huevos, impelidos por la violencia de los vientos se rompen, se mezclan con los hielos, se agarran á los árboles y á los restos de los buques y producen esos gusanos con plumas de que nacen las cercetas.

Por último, Tiburnius habla de cierto teólogo de Berna llamado Octavian que juraba por el Evangelio que había visto y tocado una de esas aves que principiaba á formarse de setas que habían nacido sobre restos de madera podrida de los buques.

Despues de haber sembrado el cisma entre los sabios, el inocente volátil estuvo para producir también serios disentimientos en el seno mismo de la Iglesia. El origen excepcional de la cerceta, y la opinión errónea

que pretendia que su sangre era como la del pez, inclinaron el ánimo de ciertos obispos á permitir el uso á sus ovejas en los días de abstinencia. Pero el papa Inocencio III en el concilio general de Latran á fines del siglo XII, clamó contra esta licencia, y declaró que la cerceta cualesquiera que fuesen su origen y la calidad de su sangre debía quedar comprendida en las prohibiciones de la Iglesia.

Hoy la cerceta se tolera en la mesa de los fieles todos los días indistintamente. Y en efecto, su carne negra y dura, y sobre todo un sabor de pescado crudo que conserva despues de cocida, hacen de ella un manjar poco favorable para incurrir en el pecado de la gula.

Mas al cabo la verdad vino á borrar de las páginas de la historia natural todas esas pueriles creaciones de la ignorancia. El holandés Gerardo de Veer, de vuelta de su tercera navegacion por el Norte (1596) mostró por la primera vez á los ojos de los naturalistas confundidos huevos y nidos de cerceta. Hé aquí como se explica en la relacion de su viaje despues de haber enumerado los errores de los naturalistas.

« Ahora resulta lo contrario: no es de extrañar que hasta el día no se haya sabido donde ponen sus huevos puesto que nadie se ha encontrado bajo el 80° grado, y que la tierra no ha sido conocida en ese lugar y menos aun como las cercetas crían sus hijuelos. »

Así llegó á descubrirse que esas aves se juntan y hacen sus nidos bajo el 80° grado de latitud Norte, en un país cubierto de hielos. Cuando se acerca el invierno se vienen á refugiar sobre costas mas templadas. Su número es tan considerable que forman á lo largo de las riberas que las sirven de abrigo anchas y largas bandas negras que se distinguen á una distancia de muchas leguas.

La cerceta se parece al pato comun en su tamaño y forma. Sus plumas son negras y tan lisas y apretadas que poseen una impenetrabilidad completa y no se mojan aun despues de haber permanecido mucho tiempo en el agua. La cerceta tiene las patas negras y los dedos unidos por una membrana fina y delgada de una delicadeza extremada. El macho se distingue por el color mas oscuro de su plumaje y por dos pequeños tubérculos amarillos colocados en la base superior del pico que es ménos aplastado que el del pato. Cuando la hembra es jóven es de color claro.

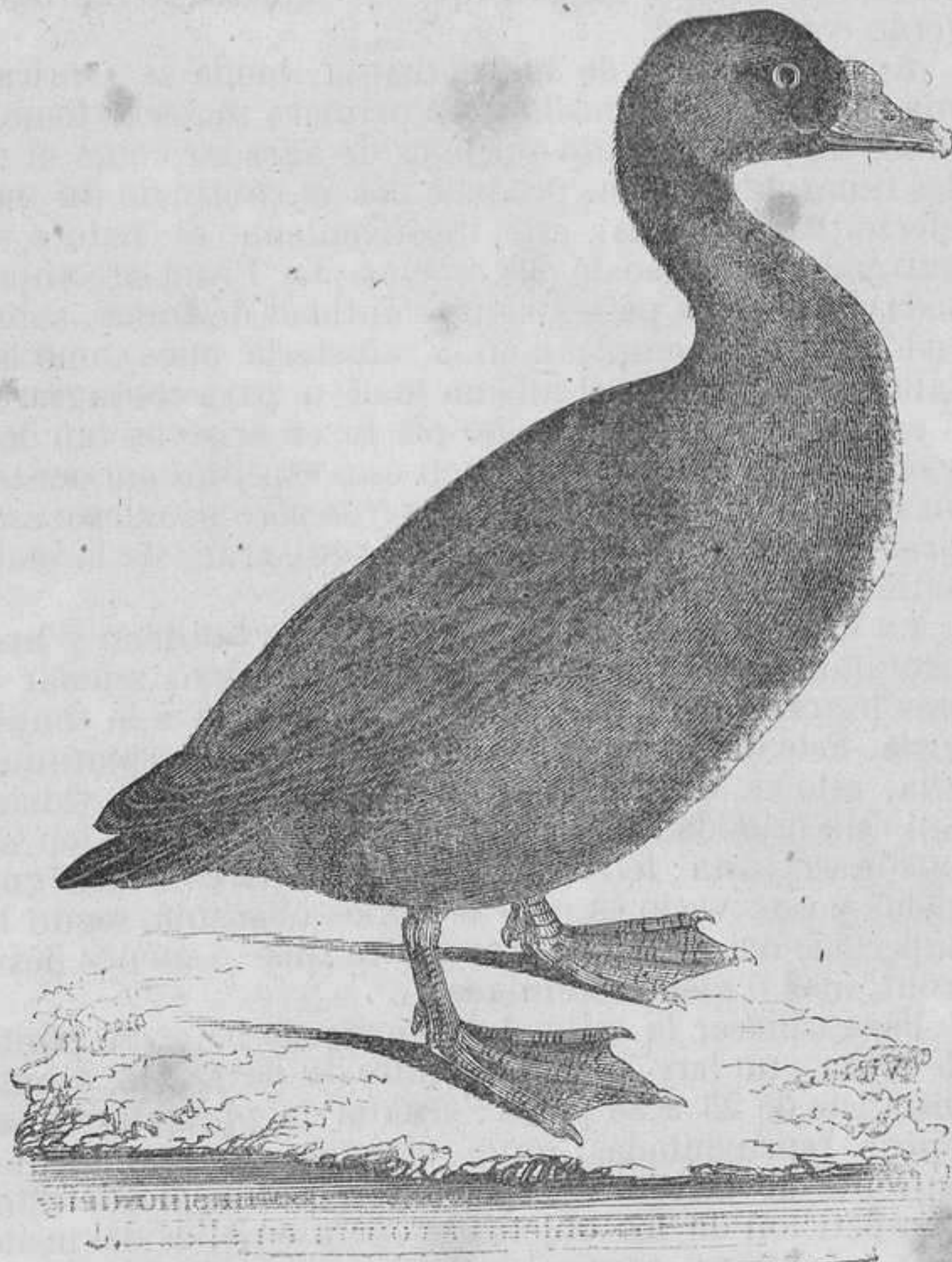
Las cercetas se alimentan con pececillos y con mariscos; á veces se sumergen hasta una profundidad de cincuenta piés para apoderarse de su alimento. Basta que dé el ejemplo un individuo de la banda para que todos los demás le imiten y desaparezcan en las olas. Así se reconocen los bancos de mariscos; cuando el reflujó los pone á descubierto, los pescadores extienden á dos piés sobre unas redes muy grandes, y á la vuelta de la marea las cercetas caen en ese lazo. La banda se sumerge sin desconfianza y se queda entre las cuerdas; las que pasan bajo las redes se enredan igualmente al querer salir fuera. Cuando se retira el agua se van á contar las víctimas, cuyo número se eleva á menudo á mas de mil doscientas.

Hay bandadas de cercetas que mas sensibles al frio que las otras, bajan á buscar un abrigo contra los rigores del invierno sobre las costas de la Provenza; estas prefieren los estanques para establecerse. El estan-

que de Berre, pueblo situado á ocho leguas de Marsella es famoso en el Mediodía de la Francia por la carcería de que es teatro anualmente por la Noche buena. Aquí las infelices cercetas no tienen que temer las redes sub-marinas, pues no hay marea, pero perecen por el plomo.

Es preciso un ejército de cazadores para llevar á cabo la empresa. Si una barca aislada quiere acercarse á ellas al punto vuelan fuera del alcance de la escopeta y van siempre adelante volando poco á poco sin quedar nunca á tiro; así se necesitan muchos hombres, como vamos á ver enseguida.

A mediados del mes de diciembre las autoridades municipales de Berre dan á conocer por un cartel oficial que se difunde en todo el departamento de las Bocas del Ródano el día fijado para la caza general de



La Cerceta.

las cercetas, que es ordinariamente el 23 del mes. La víspera de ese día acuden al pueblecillo alegres caravanas de cazadores procedentes de Marsella, de Aix, de Arles, de Salons, de Lambesc, de Saint-Mery, etc.; estos en carruajes elegantes, aquellos en modestos carricoches, otros en carretas; algunos intrépidos andan diez y quince leguas á pié para llegar á la fiesta.

Cada uno llega armado de varias escopetas y de copiosas municiones de caza.

Es un día muy alegre para el pobre pueblo; ese día olvida sus salinas y su triste silencio, se convierte en una gran ciudad por espacio de cuarenta y ocho horas.

Abre todas sus posadas, todas sus casas, todos sus establos, todas sus granjas para alojar á los numerosos huéspedes que sobrevienen. Luego degüella todos sus carneros y tuerce el pescuezo á todas sus gallinas para saciar tantos apetitos abiertos por el viaje.

Mientras la poblacion se halla tan animada el estanque está surcado por una porcion de barquichuelos venidos de Martigues, de Istres, de Saint-Chamas para la caza del día siguiente. Los que tienen la buena fortuna de procurarse un jergon se dan por muy contentos; los demás se acomodan sin quejarse sobre una mesa, sobre un banco, del modo que pueden. La noche pasa pronto. La velada se prolonga hasta las dos ó las tres; se ríe, se juega, se fuma, se canta y hay que estar en pié antes de ser de día. Pero aun es raro que el sueño llene esos cortos instantes que le otorgan, pues los perros de la aldea poco acostumbrados á esa superabundancia de poblacion, y poco satisfechos además de haber cedido sus lechos de paja á los viajeros, manifiestan su mal humor y se vengán ladrando por las calles del modo ménos soporífico del mundo.

Por fin llega la mañana; la ribera se cubre de cazadores que se apresuran á colocarse en los barcos; estos botecillos son chatos y estrechos; contienen dos remeros y cuatro cazadores; á popa llevan una bandera tricolor que suministra la autoridad municipal mediante un módico tributo. Cuando está embarcado todo el mundo la flota se pone en batalla; los barquichuelos se colocan á tres metros uno de otro formando una línea que se extiende á pérdida de vista de una ribera á otra del estanque. Las campanas del pueblo dan entonces la señal de la marcha y la flota se adelanta en buen órden hasta la ensenada de la Cabeza Negra donde se distinguen de léjos millares de cercetas; así se encuentran cogidas de un lado por la orilla del estanque que nunca pasan, y del otro por la línea de barquichuelos que se adelanta y se estrecha de mas en mas. Algunos escopetazos las hacen levantarse por los aires; pero en vez de buscar un refugio en los campos es tal la antipatia que tienen á la tierra, que prefieren pasar sobre la flota para ir al otro lado del estanque; mas la mayor parte de ellas perecen en este corto trayecto. Su vuelo es pesado y bajo y tienen que sufrir un fuego de los mas sufridos. Hay cerceta que recibe diez y quince tiros. Entonces empiezan las disputas: los barqueros aprietan los remos hácia la cerceta que flota sobre el agua, pues tienen á honra no cederla y sucede que mientras cambian entre sí injurias y golpes de remos, otro botecillo se desliza en silencio y se apodera del objeto en litigio. Una vez la cerceta fuera del agua, cualquiera que sea el que la tomó, cesa la contienda y cada cual recobra su puesto en la línea. Algunos barquichuelos se quedan detrás á la caza de los heridos, y no son los que se llevan la peor parte.

Despues de esta funcion que dura toda la mañana se repite lo mismo por la tarde en la ensenada de Margnane donde se refugiaron las cercetas que escaparon al primer fuego. Las que se salvan de esta última matanza se dispersan sobre el estanque ó sobre las orillas de la mar, y cuando la primavera las llama á sus regiones heladas, reparan sus pérdidas con numerosas crias que deben suministrar nuevas víctimas á los asesinos del próximo invierno.



La caza de cercetas.

Pompeya.

Mas de una vez en el curso de nuestra publicacion ilustrada hemos señalado á nuestros lectores por medio de la pluma y el grabado las magnificencias descubiertas en Pompeya, creyendo hacer un verdadero servicio en popularizar el conocimiento de esas ruinas célebres, mina inagotable de ciencia arqueológica. Nada reciente tenemos hoy que señalar en esas excavaciones en que se adelanta tan poco por falta de brazos, pero en su defecto vamos á acompañar nuestros dibujos con algunos pasajes de un excelente trabajo so-



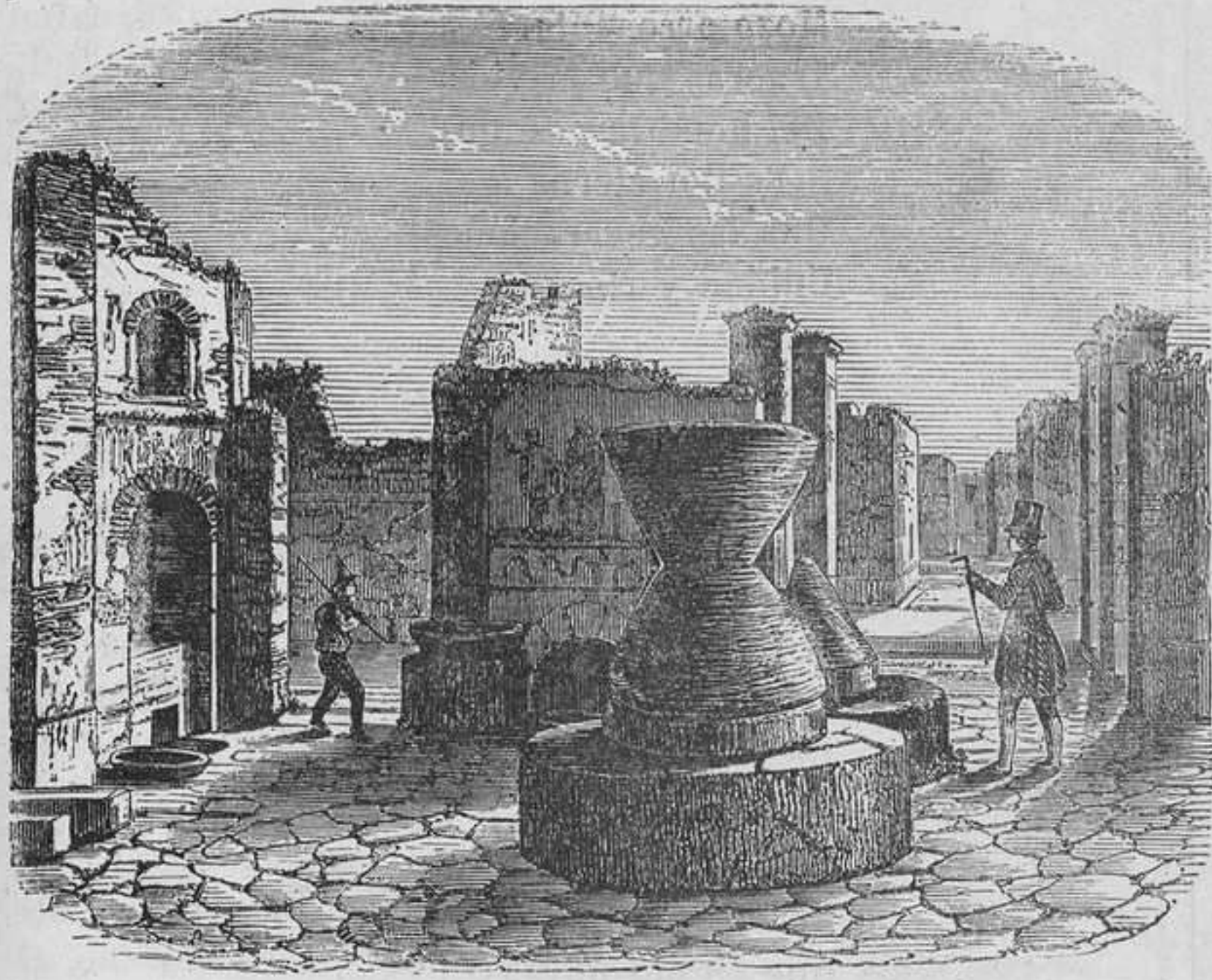
Mosáico del umbral de la casa de las vestales.

como las llamadas de Pansa, del Fauno, etc., haciendo de ellas detenidas descripciones, el señor Quiñones de Leon continúa en estos términos:

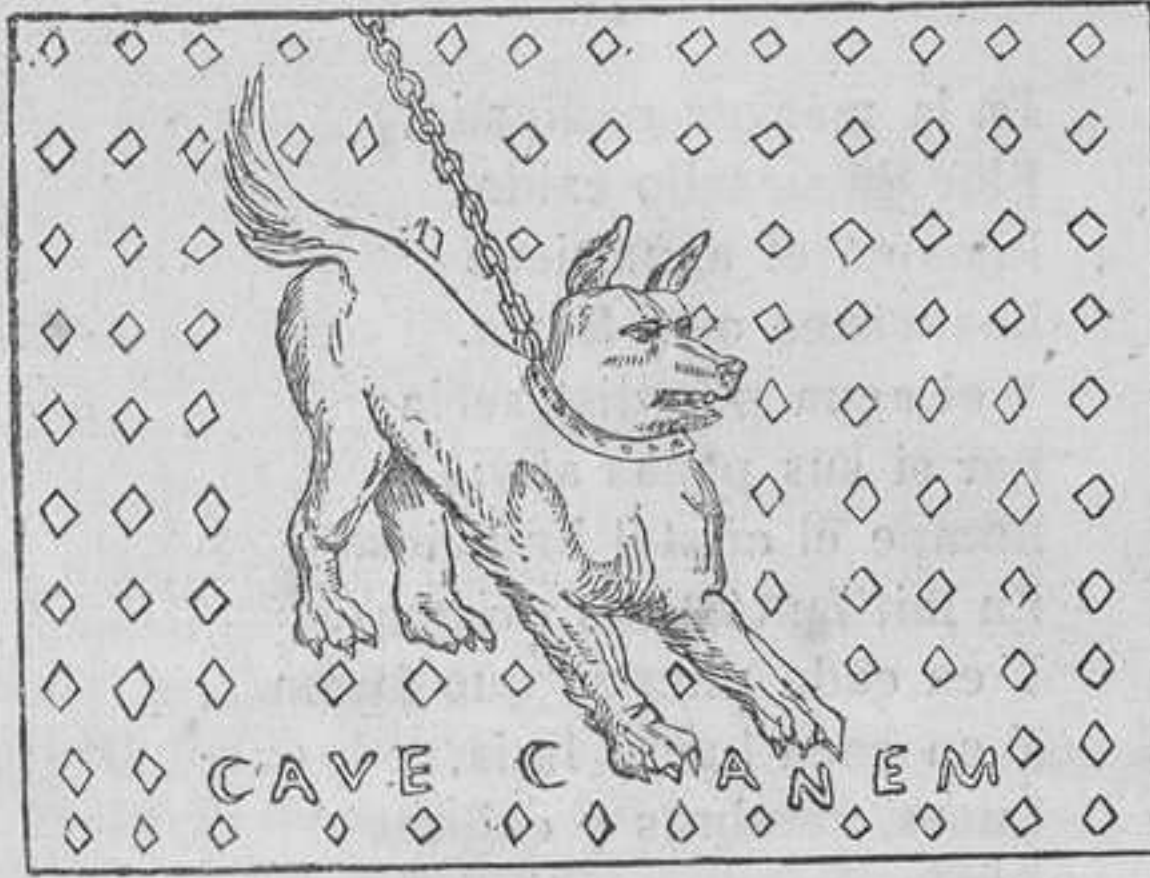
La vista de los edificios privados que hasta allí habíamos recorrido, y á muchos de los cuales su sistema de arquitectura les da un aspecto verdaderamente monumental, habia excitado en nosotros tan hondas impresiones, que no creíamos que estas pudieran aumentarse, y ni nuestra admiracion subir mucho de punto visitando los edificios públicos. Al hallarnos sin em-

bre las ruinas de Herculano y Pompeya por D. Cayo Quiñones de Leon que publicó el *Correo de Ultramar* en su número político del 30 de setiembre último.

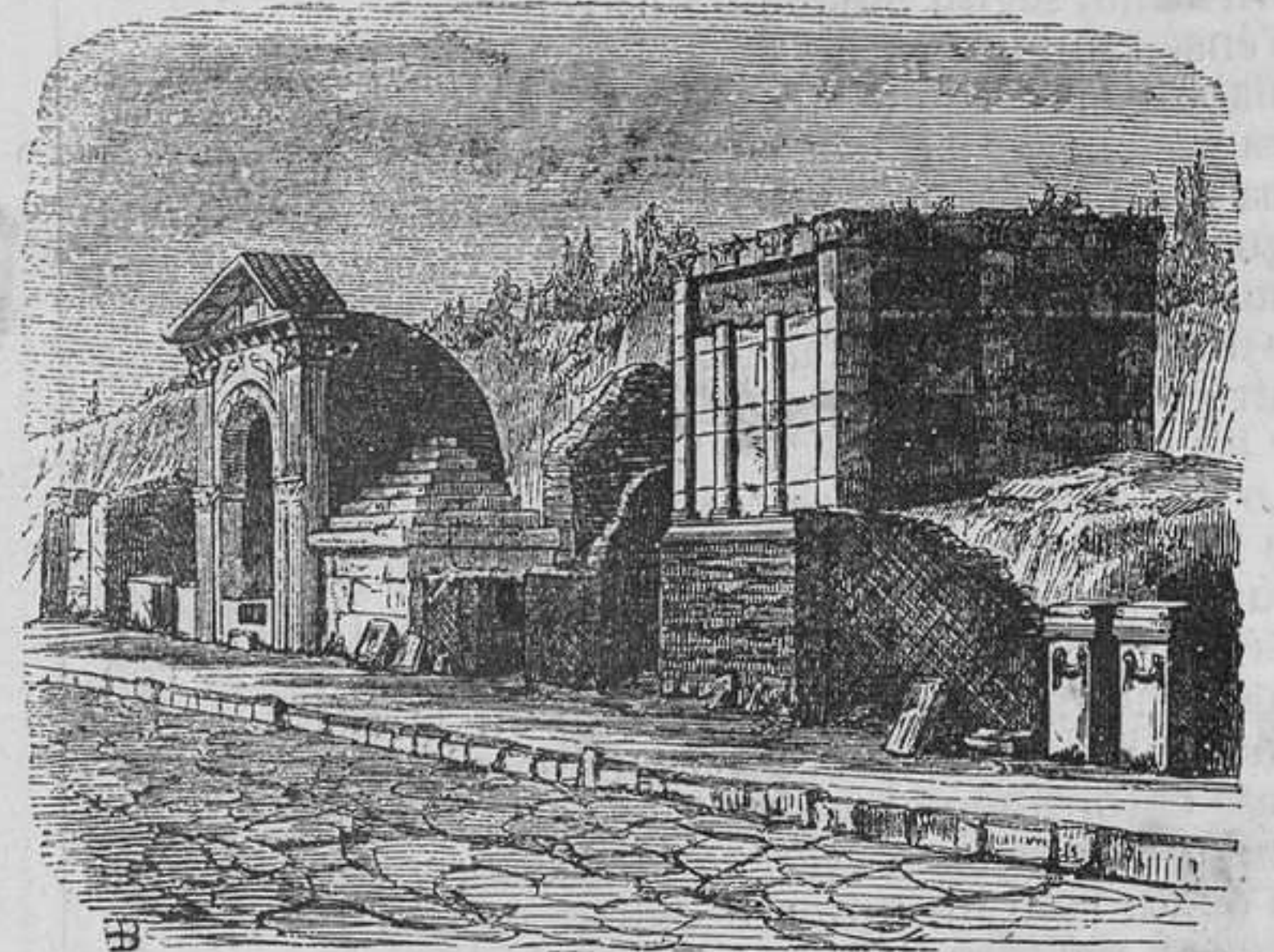
Después de hablar de la casa de Salustio en Pompeya y de otras de mas importancia



Tahona.



Umbral de la casa del poeta.



Hemiciclo cubierto.

bargo en medio de aquel espacioso foro, lugar en un principio destinado a las turbulentas reuniones en que un pueblo indomable dictaba al mundo leyes, posteriormente á sus diarias transacciones; y al considerar las aras de aquellos templos en que solo falta la sangre humeante de las víctimas y cuyas prolongadas y solitarias columnatas parecen aumentar la majestuosa calma de aquellos lugares, una nueva y mas profunda emocion vino á apoderarse de nuestra alma. El espectáculo que contemplábamos era verdaderamente de aquellos que mas fuertemente excitan todas las facultades y que nos trasportan y subliman á vagas y desconocidas regiones. Mirábamos de un lado el Vesubio, y del otro el mar, y nos hallábamos en medio de una ciudad por la que habian pasado mas de diez y ocho siglos. Las fuerzas de la naturaleza, la inmensidad, la duracion de los tiempos parecian alzarse ante nuestros ojos, y el hombre se achicaba y como que desaparecia en el abismo de todas aquellas ideas que embargaban nuestra mente y hacian rebosar una especie de religioso entusiasmo en nuestro pecho.

Los templos mas notables son el de Vénus, vasto y majestuoso; el de Isis, divinidad que los romanos importaron de Egipto, y cuya estatua asi como algunos de sus atributos se encontraron derribados en tierra; y el panteon, al cual sirve de ingreso un pórtico espacioso adornado con dos órdenes de columnas. En el medio hay un vasto recinto cuyo centro lo ocupan doce pedestales destinados a otras tantas deidades, y á los lados del peristilo véense diversas habitaciones que servian para los sacrificadores y augustales. En un lugar mas elevado halláanse cuatronicos, uno de los cuales se supone que debia ser ocupado por la estatua de Augusto, de la que solo se ha encontrado un brazo sustentando un globo, y á su lado se halló la de Livia, célebre por su hermosura y por el ascendien-

te que obtuvo sobre su marido. Véense además de una parte y otra altares y grandes macizos de mármol donde se depositaban los instrumentos que servian para

los sacrificios, y se hacia pedazos la carne de las víctimas que los sacerdotes repartian enseguida entre el pueblo.



Muerte de Plinio el viejo.

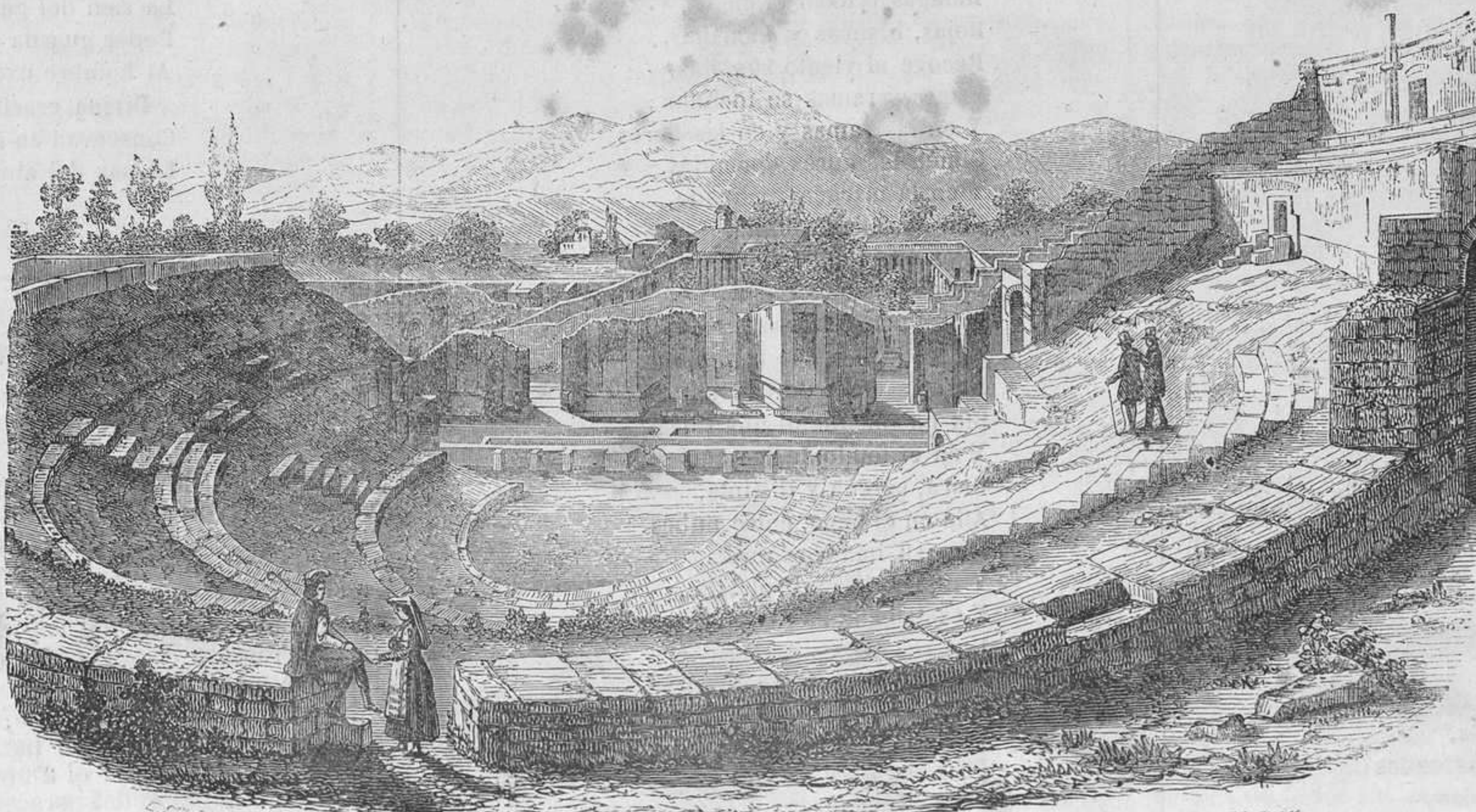
Contiguo al templo de Isis, halláanse los tribunales decorados con varias estatuas de varones eminentes, y no léjos de ellos la Basilica, donde desde un lugar elevado los magistrados anunciaban sus sentencias al pueblo, que las escuchaba esparcido por los vastos pórticos de aquel majestuoso edificio. Debajo del lugar destinado á los jueces hállase la prision, desde donde los infelices que en ella gemian podian escuchar el fallo que debia decidir de su suerte. En ella se hallaron varios esqueletos, y á uno de ellos hubo que arrancarle los hierros que todavia oprimian sus huesos carcomidos.

Faltábanos por ver el circo y los teatros; el primero se halla á alguna distancia de la parte de la ciudad hasta ahora descubierta, y las calles que conducen á los segundos son de mas que regular anchura, bastante derechas, y están provistas de cómodas aceras que presentarán como una cuarta de elevacion.

Madrid no las ha tenido de esta forma hace pocos años, y aun hoy dia se ven privadas de ellas diversas

capitales. En Pompeya además obsérvanse algunos trozos embutidos con menudos pedazos de mármol de diversos colores, formando groseros mosaicos, que es de suponer fuesen mas esmerados y perfectos en pueblos de mayor importancia, y que de todos modos revelan un lujo á que no sabemos que ninguno de los modernos haya llegado.

De los dos teatros que existen en Pompeya, uno se supone destinado á las representaciones cómicas, y el otro de mucho mayores dimensiones y capaz de contener veinte mil almas, al género mas elevado de la tragedia. En uno y otro las investigaciones del arqueólogo ó del anticuario serian completamente inúti-



Teatro trágico.

les; la imaginación suple sin ningún esfuerzo los pocos estragos que el tiempo ha hecho, y nada más fácil que practicar en ellos las escasas restauraciones que serían necesarias para volverlos a su primitivo estado. La tragedia antigua tendría de ese modo un lugar en que manifestarse si no más digno más adecuado al menos que los teatros de París y de Londres, donde ha sido en estos últimos años representada con un celo y fervor laudables, y que es lastimoso no ver siquiera imitados por países a quienes ligan con la antigüedad vínculos más estrechos, y depositario más que otro alguno de sus tradiciones.

Los asientos se hallan dispuestos a manera de gradas, estando destinados los primeros, más anchos y espaciosos y que es de suponer cubriesen elegantes cojines, a los senadores, magistrados y patricios; los segundos a la plebe, y los últimos, divididos en varios compartimientos a la manera de nuestros palcos, a las mujeres, división que no existió hasta el tiempo de Escipión el Africano, según Suetonio nos refiere.

Véanse también varias de las cavidades en donde se hallaban empotrados los grandes cepos que servían para sostener el *velarium*, especie de toldo que preservaba a los espectadores del ardor del sol y de la lluvia y que llegó a hacerse objeto de tan excesivo lujo, que se nos cuenta que en Roma, Nerón mandó hacer algunos de púrpura, sembrados de estrellas de oro, en cuyo centro se hallaba el representado sobre un carro tirado por los caballos del Sol.

Lo que nos es más difícil adivinar es el medio de que los histriones se valían para dar a su voz todo el volumen y extensión que aquellos vastos recintos requerían, y solo algunos suponen, no sabemos si con datos suficientes, que se colocaban en la boca ciertas planchas de acero propias a aumentar su sonoridad. Hánse encontrado algunos billetes de hueso de forma circular que se conservan en el Museo, y en los que se ven de un lado un número debajo de una inscripción griega, y del otro la figura del teatro trazada groseramente.

El estado de conservación en que el anfiteatro se encuentra, no es menos perfecto, y al contemplarlo viéndonse naturalmente a la imaginación los sangrientos juegos, cuya ferocidad, toda la dulzura que una civilización adelantada produce en las costumbres no fué capaz de desterrar, y de los que solo pudo purgar a la tierra la única religión que ha penetrado íntimamente en la parte moral del hombre, y fortificado sus más nobles y elevadas facultades,

AMOR FILIAL.

MARÍA.

I.

Sueltos los rizos suaves,
Pudorosa la mejilla,
Negros los rasgados ojos
Y virginal la sonrisa,
Como la sombra de un ángel
Es pura y blanca María.
Quince primaveras cuenta,
Y una en que llora perdidas
Sus risueñas esperanzas,
Las maternales caricias.
¡Ay! primavera de llanto,
De sollozos... ¡Pobre niña!

II.

Pálida está la doncella,
Pálida triste y tranquila.
Llora si dulces miradas
En ella inquietas se fijan,
Y corren lágrimas mudas
De cuantos ojos la miran.
La buscan por consolarla
Y huye porque no la aflijan.
Consuelo y amor le ofrecen
Y amor y consuelo esquiva.
Como en el valle y la fuente
Pasa las horas del día,
No cuida ya de sus flores
Que olvidadas se marchitan;
Y en vez de rosas, la frente
Se ciñe de siemprevivas.
¡Tan gentil, y tan hermosa,
Y tan triste!... ¡Pobre niña!

III.

Hay un arroyo en el valle
Que ansioso se precipita,
Llevando en triunfo sus ondas
Dulces, sonoras y limpias;
Y en un remanso apacible,
Porque el correr le fatiga,

Al pié del valle detiene
Su corriente cristalina;
Y en el espejo que forma,
Donde el cielo azul se pinta,
Cuantas flores le rodean
Por agradarle se miran:
Y allá en el fondo suspensas
Fantásticamente giran
Las nieblas que se levantan
De las montañas vecinas,
Las mariposas inquietas
Y las aves fugitivas.
Y al soplo leve del viento,
Temblando el agua indecisa,
Finge las sombras que pasan
Y finge luces que brillan;
Y sombras y luces juntas
Confunde a un tiempo y disipa,
Y vuelve a brillar de nuevo
Y se apaga y se ilumina.

IV.

En la margen reclinada,
Flor de su tallo caída,
Fijos en el agua tiene
Los tristes ojos María.
Y el agua por distraerla,
Por si sus penas alivia,
Rompe el cristal bullicioso
En mil fantásticos prismas.
Y en cada pliegue que forma,
Y en cada ligera línea,
Luces, sombras y colores
Confundiendo multiplica.
Mas ¡ay! solícita el agua
Vanamente se fatiga,
Que la niña la contempla
Cada vez más pensativa.
Y ansiosos sus ojos buscan
Allá en el fondo perdida
Una imagen, una sombra,
Una luz tan indecisa,
Que sobre el azul del cielo
Que temblando el agua pinta,
Al resbalar por las nubes
En las nubes se disipa.
Imagen que entra las ondas
Busca con afán la niña,
Luz que deslumbra sus ojos,
Sombra que ofusca su vista.
Imagen y luz y sombra
Que en agitación continua,
Como relámpagos pasan
Por las ondas cristalinas.
Y cada vez más ansiosas
Mueven el agua las brisas,
Y la niña la contempla
Cada vez más pensativa:
Porque en el agua impaciente
Busca un rayo de alegría,
Una sombra de esperanza.
Una imagen... ¡Pobre niña!

V.

Ya lejano el sol se esconde
Tras de las rocas vecinas;
Ráfagas cruzan el cielo
Rojas, blancas y amarillas.
Recoge el viento sus alas,
Flores y ramas se inclinan;
Y en las ramas y en las flores
Gimen las auras dormidas.
Y en la margen reclinada,
Con ansiedad infinita,
Fijos en el agua tiene
Los castos ojos María.
Y el agua azul transparente
Bañando el cauce tranquila,
Resbala como un espejo,
Sin un pliegue ni una línea.
Y en el fondo de las aguas
Clara, serena y distinta,
Allá en el cielo, entre nubes
Mira su imagen la niña.
Y doblando el dócil talle,
Y exclamando — «Madre mía» —
Une sus labios de rosa
Con los de su imagen misma.

Por eso junto a la fuente
Pasa las horas del día.
Busca a su madre y la encuentra:
¡Gentil y dichosa niña!

José SELGAS Y CARRASCO.

LA PAZ DEL ALMA.

A MI QUERIDO AMIGO D. JOSÉ S. OCAÑA.

Placeres ilusorios,
Vanas quimeras,
Que amargáis a los hombres
La vida entera,
Abridme calle
Porque de seducirme
Tratais en valde.

LA FAMA PÓSTUMA.

Sabes lo que desprecias
Mozo arrogante,
Ignoras que la vida
Del hombre grande
Es flor eterna
Que las generaciones
Cuidan y riegan.

YO.

Los que a caza de gloria
Se van sin genio,
Suelen tomar la ruta
Que va al infierno;
Y es grande chasco
Hacerse prisionero
De los contrarios.

EL PODER.

No ves ese magnate
Que airado mira,
Ante cuya presencia
Todos se humillan,
Que manda y vuela
Su voz como la furia
De la tormenta.

YO.

Al que tiene en sus manos
Honra y provecho,
Los desagradecidos
Hacen perverso
Y a veces logra,
Pobre y aborrecido
Morir en horca.

EL DINERO.

No hay para mí imposible,
Soy rey del mundo,
Porque el alma del hombre
Va en mis escudos.
La especie humana
Cuanto tiene y anhela
Lo vende y paga.

YO.

¡Todo el oro del mundo
No puede darnos
Ni el instante de vida
Que despreciamos!...
¿La dicha es cosa
Que se vende, se aprecia,
Ni que se compra?
Gloria, tu laurel cubra
La sien del genio,
Poder guarda tus goces
Al hombre excelso.
Divina gracia
Conservad en mi vida
La paz del alma.

EDUARDO GASSET.

El Peregrino.

TRADUCIDO LIBREMENTE DE WALTER-SCOTT.

¡Oh! abrid la puerta por piedad, el cierzo sopla con violencia, la nieve desciende en anchos copos y cubre la llanura; es imposible hallar la senda.
Abrid, que no soy un vagabundo que llama a la puerta del castillo para buscar refugio después de haber cazado el gamo del rey, aun cuando en una noche tan borrascosa tendría derecho a ser compadecido el hombre más villano.
Soy un peregrino fatigado, débil por los largos viajes que he emprendido para hacer penitencia por mis pecados. ¡Oh! abrid por el amor de Nuestra Señora, recibiréis la bendición del peregrino.
Traigo indulgencias de Roma y Santas reliquias. ¡Ah! si esto no os mueve a abrirme, abridme al menos por caridad.

La fiebre está agazapada en su madriguera, el ciervo descansa en su camada al lado de la cierva, y yo misero anciano expuesto á la borrasca no puedo hallar asilo.

¿No escuchais el mugido sordo del Ettrick? su corriente ha engrosado con las lluvias, y tendré necesidad de atravesar á vado las sombrías olas, sino teneis piedad del pobre anciano.

Aun permanece cerrada la gran puerta de hierro. El corazón del castellano es aun mas duro é insensible, pues escucha sin conmocion mis dolorosos ayes.

¡Adios, adios! Plegue á la Virgen que cuando doble la frente al peso de los años os nieguen el asilo que hoy os pido y no me concedéis.

El señor del castillo muellemente recostado en su lecho, desdeñaba su humilde súplica; pero frecuentemente en medio de las tempestades de diciembre escuchaba de nuevo aquella voz lastimera.

Porque cuando la aurora brilló sobre las ondas del Ettrick descubrieron sus ojos un cadáver entre los saucos de la ribera: aquel cadáver era el del Peregrino.

S. Y. N.

Revista de la Moda.

SUMARIO. — Regreso á Paris del mundo elegante. — La moda tocando al arte. — Decadencia del vestido de terciopelo. — De los vestidos adornados por el telar y de los adornados por las modistas. — Fiesta del palacio de la Industria. — Prendidos de S. M. la Emperatriz y de la princesa Matilde. — Dos palabras de crítica con motivo de varios vestidos de color oscuro. — Vestidos de aparato y de calle que se vieron en la Exposición el día de la distribución de recompensas. — Modas á la María Stuardo. — Sobre algunos tocados de flores para bailes. — Los nuevos vestidos de calle. — Las chaquetillas Médicis y el corpiño Diana de Poitiers. — Descripción del figurin de este número que representa prendidos de baile.

El regreso á Paris del mundo elegante es la señal de todas las fiestas, de todos los placeres, de todas las solemnidades de la moda: es la vuelta de la vida fashionable y artística de los carruajes, del lujo, de los bailes, de los Italianos, de todo lo que alimenta la industria y el comercio. Los trajes de invierno presentan mucha originalidad, muchos adornos. La moda toca ya en el arte bajo el pretexto de hacer sombreros, confecciones, tejidos y guirnalda de flores. La tela de lana ántes tan lisa, tan puritana, tan sobria de dibujos, no se presenta ya sino con dibujos caprichosos y variados. No es ya tela de lana propiamente dicha, es una mezcla inteligente de seda y de lana que se confunden bajo el telar en redécilla mosaico, en gro de Venecia, en brocatela Luis XV. Cuando la lana conserva su tradicion toma el nombre de *droguete*.

Así sucede, pues, que las telas de lana se dan el aire de vestidos de seda y visten con elegancia á las señoras económicas. En otro tiempo un vestido de merino liso ó un sombrero de terciopelo podían llevarse indiferentemente hasta que se gastaran; la moda era triste, uniforme; las señoras parecían pertenecer á una cofradía de hermanas penitentes; unas tomaban el color carmelita, otras azul, otras el verde, pero hoy es otra cosa. Hoy la moda ha tomado por divisa la palabra *Fantasia*. El clásico vestido de nuestras abuelas y nuestras madres es actualmente *viejo y rocco*, y la confeccion y el sombrero de terciopelo no son posibles sino á la condicion de llevar tantas esculturas y ornatos como un bajo relieve. El vestido de terciopelo se halla reemplazado por una tela de anchas bandas de terciopelo en relieve ó de puntitos, alternando con bandas de raso de un color opuesto al terciopelo. La banda de terciopelo parece un musgo rizado, y la de puntos tiene un millon de estremitas sembradas con profusion como chispas de pedrerías en medio de terciopelo liso.

Las telas de bandas están muy á la moda, y llegarían á destronar los volantes, si los volantes pudiesen ser destronados. Los tafetanes de volantes llevan igualmente rayas de terciopelo y de felpilla terminadas con flecos que salen de la misma tela. Se hacen tambien vestidos con disposiciones de felpilla imitando las pieles. Algunos vestidos de baile llevan volantes guarnecidos de un grueso fleco imitando el plumon de cisne, lo que está precioso de coquetería y de gracia sobre tafetan malva, boton de oro, rosa, azul ó blanco.

Cuando la tela no adorna un tejido cualquiera es preciso que suplan la falta la imaginacion de una mujer elegante y el buen gusto de la modista. Los adornos de los vestidos actuales son una obra maestra de arquitectura: á veces los accesorios cuestan mas que el vestido. Los flecos de bellotas y de botoncillos de azabache; las pasamanerías y cascabelillos de seda torcida; los galones de terciopelo y de felpilla; las redécillas de terciopelo; las franjas sevillanas y castellanas con flores de jazmin y perlas de azabache sembradas en medio de un rico punto de España; las guipures góticas, moriscas y Pompadour; los encajes, las cintas, las bandas y los flecos de pluma, forman un gracioso concurso de ornatos para vestidos y confecciones, muy nuevo y á la moda.

La moda no ha inaugurado todavía la serie de sus fiestas y de sus bailes, pero se ha mostrado en la estacion de invierno en una solemnidad única, inmortal, que quedará inscrita en letras de oro en los anales de la industria. El 15 de noviembre tuvo lugar en el palacio de la Exposición Universal la distribución de los premios y recompensas por S. M. el emperador Napoleon III, á los expositores

designados por el jurado. No me toca á mí juzgar esta fiesta bajo el punto de vista político ni industrial, pues una mujer, como dice Moliere, solo es buena para *remendar calcetas*; pero en mi calidad de articulista de modas debo ocuparme de la moda y de los soberbios prendidos que dibujé en mi imaginacion, para tener el gusto de describirlos á mis lectoras.

Principio por S. M. la Emperatriz que llevaba un traje que la sentaba á las mil maravillas, y que desmentía de un modo brillante la teoría de que el color cereza solo es propio para las morenas. La emperatriz Eugenia llevaba un vestido color de cereza muy vivo; el corpiño era subido y cerraba con botones de gruesas perlas finas; las costuras de las mangas iban ilustradas igualmente con perlas finas montadas en forma de cascabelillos. La falda de terciopelo se hallaba enteramente cubierta con una segunda falda de punto de Francia, un encaje fabricado con aguja de una perfeccion ideal. Sobre su corpiño caía ese rico collar de perlas finas que adorna tan bien el cuello delicado y encantador de la Emperatriz, pues la blancura nacarada de la perla no triunfa de la blancura de ese cútis de nieve. Llevaba en la cabeza una diadema tambien de perlas finas, y un adorno de encaje que la emperatriz Eugenia sabe llevar como una emperatriz, porque es la elegancia personificada. Este adorno de encaje es sumamente aristocrático, pero para que pueda producirse en toda su gracia orgullosa, es necesario un cuello esculpido y modelado por el cincel de Praxiteles, de Fidias ó de Pradier.

S. A. I. la princesa Matilde llevaba un vestido de terciopelo color de violeta; la falda iba cubierta con dos altos volantes de antiguo punto de Alençon, pero que estaba nuevo y producía un efecto maravilloso, como que no tiene rival en el mundo. El corpiño igualmente subido iba adornado con alamares de diamantes: las mangas llevaban rayas de diamantes, y sobre su frente encantadora llevaba una diadema de diamantes.

Otros prendidos merecen tambien una descripción, prendidos de vestir y de aparato, pues las hermosas señoras que figuraban en los puestos de honor llevaban todos vestidos de soiré en medio del día. Pero á propósito de prendidos voy á permitirme aquí un poco de crítica. No pude comprender porque las señoras de los ministros llevaban casi todas prendidos oscuros sin valor real; cuando se tienen modelos como la emperatriz Eugenia, la princesa Matilde y las damas de honor es sin embargo muy fácil entrar en la verdadera elegancia.

Entre los prendidos mas notables citaré los siguientes:

— Un vestido de muaré antiguo con un corpiño subido adornado de listas de encaje sostenidas en sus extremidades con rubies. El tocado consistía en gruesas hojas de terciopelo amaranto con pétalos de diamantes y rubies sobre encaje negro.

— Otro vestido á la Valentinois de muaré antiguo color de rosa con un corpiño sin faldetas que baja, sin embargo, hasta la mitad de las caderas; la union de la falda y del corpiño se hallaba disimulada por un galon de terciopelo negro sembrado de estrellas de terciopelo negro; al borde de este galon flotaba un volante de Chantilly de 40 centímetros; luego venia otro galon tambien con encaje, y luego otro con igual adorno. El corpiño subido y cerrado iba guarnecido por delante con un galon y por detrás con dos galones formando la doble V. Las mangas se hallaban cerradas á la Enrique II con pequeños afollados y encajes negros. El tocado consistía en un adorno á la Valois compuesto de cinta color de rosa, de encaje negro y de una guirnalda de muzgo de tafetan color de rosa y de azabache. Para comprender bien este adorno que puso á la moda María Stuardo la reina de las hermosas, es preciso remontarse á aquel tiempo y mandar hacer ese adorno por los tocados de entónces.

— Otro vestido de muaré antiguo color de perla cubierto con dos faldas de tul negro, sembrado de chispas de azabache.

— Otro vestido de terciopelo *epinglé* color de malva con doble falda. La primera va cubierta con una pequeña falda de punto de Alençon. La segunda va adornada de anchas bandas de plumas color de malva.

En cuanto á tocados que pueden aprovecharse para baile ó soiré, me acuerdo de unos pequeños adornos de flores mezcladas con dos largas puntas de flores y de hojas que caen por detrás. Este adorno es una especie de pequeña corona redonda que se coloca al rededor de la trenza del pelo por detrás y que es muy graciosa por su misma sencillez.

Hé aquí la descripción de algunos de estos adornos de flores:

— Uno de brezos blancos, con botones de rosas y heliótropos.

— Otro de no me olvides y margaritas silvestres, con botones nacientes de rosas y hojas de rosas matizadas de rocío.

— Otro de rosas y racimos pequeños de uvas de parra.

— Otro de alteas de terciopelo purpurino con hojas naturales y grosellas de oro.

— Otro de moras de terciopelo color de cereza y de oro con hojas de morera y espinas de oro.

— Otro de flores y frutas con hojas naturales.

En cuanto á los trajes de calle eran dignos sin duda de la ceremonia imperial. Allí se vieron las mas graciosas fantasías de la moda, las confecciones mas nuevas, los sombreros mas artísticos y los vestidos adornados con mas elegancia.

Los vestidos de calle se hacen con *quillas* de terciopelo con puntilla de guipure negra, cuando no son de volantes, ó van ilustrados de bandas de terciopelo. Sobre el *droguete*, la brocatela ó el lampas, las quillas de terciopelo negro sientan admirablemente. Las confecciones que se vieron en el palacio de la Industria eran de terciopelo borda-

do de mosaicos de seda y de azabache, y estaban guarnecidos de flores y de encaje de Chantilly.

Habia tambien muchas chaquetillas Médicis de terciopelo guarnecido de armiño. Esta chaquetilla que presenta aun todo el estilo y el sello del siglo de Enrique II, es enteramente ajustada, y lleva largas faldetas que bajan casi hasta media falda y que se halla cerrada por delante hasta el cuello: esta prenda sienta muy bien á una jóven alta y fina de talle.

Tambien tenemos un nuevo corpiño, ó mas bien un nuevo adorno de corpiño que llaman *corpiño Diana de Poitiers*, y que consiste en unos tirantes de terciopelo por detrás y en un delantero de terciopelo y de guipure color blanco. Los hombros cuadrados van adornados tambien con terciopelo negro de puntas flotantes. Este género de corpiño se lleva sobre un vestido escotado ó sobre un vestido alto.

La próxima vez hablaré de trajes de baile.

Entretanto el figurin de hoy dará una idea de los vestidos de baile que se hallan mas á la moda.

El primer traje se compone de un vestido de gasa blanca de Chantilly, sobre un transparente de tafetan blanco. La falda tiene siete pequeños volantes guarnecidos de una guirnalda de vellosilla y festoneados de seda blanca. Nada es mas fresco que ese adorno. El corpiño de punta y muy escotado, tiene por berta dos pequeños volantes en armonía con los de la falda; encima de cada volante hay una guirnalda de las mismas florecillas. Sobre el delantero del corpiño se ostentan dos ramilletes de vellosilla; el segundo de ellos cae flotante en flores y en hojas hasta la punta. Mangas muy cortas formadas de un volante de gasa festoneada y de un segundo volante de tul doble. Brazaletes de perlas finas y diamantes en el brazo derecho: en el izquierdo, brazaletes compuesto de medallones de gruesas turquesas rodeadas de diamantes y brazaletes de perlas finas enroscado en todo el brazo. Tocado Luis XIV compuesto de bucles vaporosos llamados *Duquesa* con un rizado blanco. En medio de los bucles se hallan sembrados al acaso ramitos de vellosilla. Por detrás rodete de cabellos sueltos, con un segundo rodete de vellosilla. El collar que completa este elegante prendido es de turquesas y diamantes con una crucilla de las mismas piedras.

Segundo traje.—Vestido de gasa blanca de Chambéry, con dos volantes de rayas satinadas. El rayado de abajo es muy alto y casi rosa mate. El corpiño fruncido y escotado tiene una faldeta formada por un pequeño volante que va al rededor de la cintura. Los tirantes son de gasa color de rosa satinada, y van prendidos en el talle con un grueso lazo de puntas sueltas. Mangas cortas afolladas, terminadas por un volante de gasa. Tocado Victoria, formado de pequeños bucles llamados á la inglesa con un grueso ramo de rosas y de brezos rosados al lado y en medio de los rizos. Por detrás rodete con gruesas cocas lisas mezcladas con arte. Brazaletes de oro esmaltado y condiamantes. Abanico Watteau.

Tercer traje. — Vestido de crespón verde luz con tres volantes cubiertos de encaje de Chantilly. Corpiño escotado con canezú de encaje de Chantilly adornado de cintitas de terciopelo negro. Abajo del talle lazo de terciopelo negro de puntas flotantes. Mangas cortas con volante de Chantilly que caen hasta la sangría del brazo. Tocado Matilde, formado de trenzas enroscadas de lado una en otra. Por detrás rodete Pradier con una rama de camelias purpurinas. Brazaletes de terciopelo negro.

Cuarto traje. — Vestido de terciopelo color de violeta de corpiño escotado con tirantes de terciopelo plegado, con puntilla de encaje de Chantilly. Mangas cortas plegadas guarnecidas de encaje. Tocado de cocas lisas representando un roseton. Guirnalda de margaritas blancas y de margaritas violeta de pluma, con hojas de terciopelo.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Medalla en honor del Tanzimat.

Un artista belga, M. Hart, inspirado por el acto que ha cambiado los destinos de un vasto imperio, (el Tanzimat, ley orgánica publicada en 1839) compuso en conmemoracion del manifiesto del sultan Abdul-Medjid la medalla cuyo dibujo damos. Las inscripciones que vemos sobre esa medalla prueban que el entendido artista supo comprender los efectos reales y prácticos del decreto imperial de Gulhané. — *Verbigracia; Igualdad de justicia para todos*. Despues de la promulgacion del Tanzimat los bajás tan terribles ántes, no son mas que unos agentes del gobierno, responsables de sus actos; el impuesto del haratch, simbolo de la conquista está abolido; se han creado tribunales mixtos y se oye en justicia á los cristianos. — *Proteccion á los débiles*. El tráfico de esclavos se acabó, se reconoció la igualdad ante la ley, se estableció la justa reparticion de los impuestos, y se proscribió el tormento. — *Conservacion de la dignidad del imperio*. En el momento en que las grandes potencias preocupadas de su sostenimiento solo procuraban un objeto, evitar los conflictos, la Turquía por su honor de potencia libre é independiente y arrostrando la guerra que sostiene hoy no quiso acceder á una demanda formulada en términos inferiores. — *Mantenimiento de los derechos de hospitalidad*. El sultan queriendo salvar á Kossuth, á Bem y á sus compañeros, les dió un refugio á pesar de las reclamaciones de las potencias que pedían su extradicion. — *Fomento dado á las artes de la paz*. Efectivamente el gobierno se ocupa desde entónces de todos los ramos de industria; véase sino la exposicion de la Turquía en Paris; se crean museos, se llaman artistas á Constantinopla, y gracias á la suavidad de costumbres operada por el Tanzimat, hoy

se ven entre las manos de los turcos las poesías y las obras de los principales artistas de Francia y otros pueblos. — *Propagacion de la instruccion pública*: Desde el Tanzimat el número de escuelas va siempre en aumento y hoy se cuentan solo en Constantinopla 403 escuelas con 23,000 discípulos. Además se han pro-

curado y se forman cada día numerosas escuelas superiores.

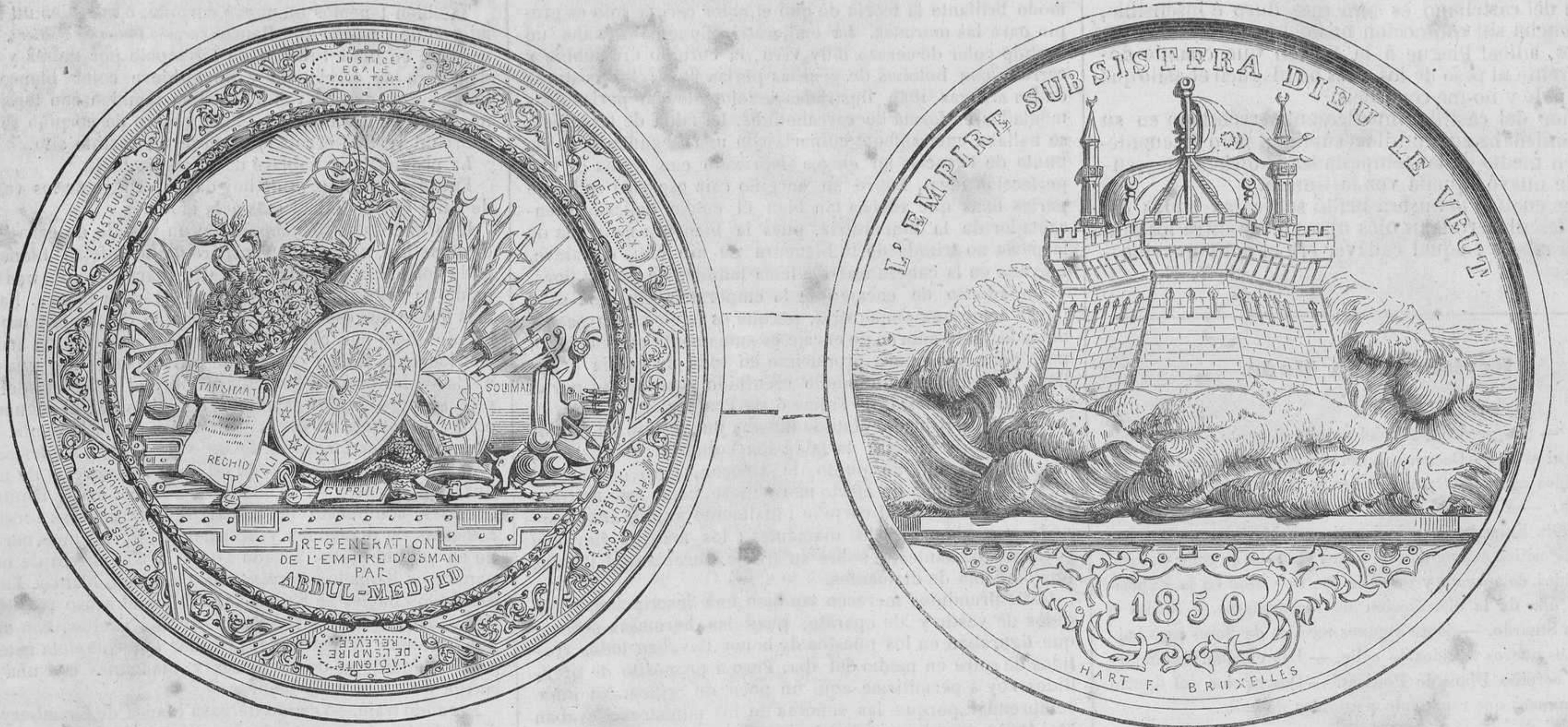
M. Hart que ha mostrado en la ejecucion de esa medalla que era un artista de gran mérito, prueba también que es digno de trabajar para la historia atribuyendo con justicia todos esos grandes resultados al

sultán reinante lo que consigna inscribiendo en francés sobre la cara de la medalla:

REGENERACION DEL IMPERIO OTOMANO

POR

ABDUL-MEDJID.



Regeneracion del imperio otomano por Abdul-Medjid. — Medalla conmemorativa ejecutada por M. Hart.

Escuela de marina mercante en Cette.

En el mes de diciembre de 1842, M. Bousquet abastecedor que fué de los ejércitos de la república y del imperio, murió en París dejando toda su fortuna al departamento del Herault, donde habia nacido. M. Bousquet legaba unos 900,000 fr. que segun sus instrucciones debian consagrarse á la creacion en el puerto de Cette de una escuela de marina mercante. El consejo general reunido en sesion extraordinaria el 23 de marzo de 1843 aceptó el legado en nombre del depar-

tamento y tomó las medidas necesarias para realizar los deseos del difunto. Sin embargo, á pesar de toda la actividad desplegada por la autoridad departamental, hasta fines de 1847 no pudieron echarse los cimientos del edificio destinado á la escuela mercante. El edificio se concluyó en 1851, y en ese tiempo las poblaciones del Herault fueron llamadas á disfrutar de los beneficios del importante establecimiento debido á la munificencia de M. Bousquet.

La escuela naval de Cette se halla exclusivamente destinada á formar marineros. Sesenta ú ochenta niños reciben en ella la instruccion teórica y práctica necesaria para ser subalternos y capitanes de la marina mercante.

El Estado pone á disposicion de la escuela un bergantín de guerra donde una vez por año los discípulos se embarcan con sus profesores para visitar los puertos del Mediterráneo.



Escuela de marina mercante sobre el muelle de Frontignan, en Cette (departamento del Herault, en Francia.)

El edificio de la escuela se halla situado en el muelle de Frontignan, entre el embarcadero del ferrocarril y el lazareto; es vasto y se halla colocado en una posicion de las mas agradables. La fachada principal que tiene 100 metros de larga, se desarrolla sobre la dársena del puerto de Cette. A pesar de la importancia de las construcciones y de las dificultades que presentaron las obras, el edificio no ha costado mas que

220,000 fr. que fueron tomados de los intereses disponibles del legado de M. Bousquet. De esa manera, hallándose intacto el capital, las rentas anuales de la Escuela se elevan á unos 45,000, suma mas que suficiente para las necesidades del establecimiento y para el mantenimiento de los discípulos que tendrán gratuitamente casa, vestido y comida.

No necesitamos insistir para hacer comprender la

importancia de la Escuela Bousquet. Convertir á unos niños pobres é ignorantes en marineros instruidos y aventajados, es hacer un servicio no solo á las poblaciones sino también al Estado que carece de marineros ordinariamente. Todo elogio es poco para ensalzar la memoria del generoso ciudadano que ha consagrado su fortuna á una obra tan patriótica y tan eminentemente útil.

A. D.